

# Unidad y Carismas

## Iglesia «semper reformanda»

¿Por qué la Iglesia es «semper reformanda»?

*Brendan Lealy*

---

La Iglesia hoy: ¿hacia dónde vamos?

*Hubertus Blaumeiser*

---

Carismas, una luz en la Iglesia

*Marina Mota, h.n.j.*

---

Antonio Rosmini:  
evangelizar la Iglesia

*M. Mantovani, s.d.b.*

---

JMJ,  
una experiencia universal de comunión

*Ángel Camino, o.s.a.*

---

N.º 79/2011

Julio - Septiembre

  
Ciudad Nueva

## Revista trimestral de espiritualidad y comunión

### Edición española

Edita: Movimiento de los Focolares (R-2800178-B)  
Andrés Tamayo, 4. 28028 Madrid

**Director:** José Damián Gaitán, o.c.d.    **Composición:** José Luis Belver, o.s.a.

**Administración:** Joaquín M<sup>a</sup> Vicente, o.carm. Ayala, 35. 28001 Madrid.  
Tel. 914351660 - Fax 914351786 - e-mail: [redaccion@unidadycarismas.es](mailto:redaccion@unidadycarismas.es)

**Consejo de redacción:** Carlos García Andrade, c.m.f.; Joaquín M<sup>a</sup> Vicente, o.carm; José Luis Belver, o.s.a.; Juan Gil, o. carm; José Damián Gaitán, o.c.d.; Santiago Sierra, o.s.a.

[www.unidadycarismas.es](http://www.unidadycarismas.es)

#### Edición italiana

«Unità e Carismi», Fabio Ciardi, o.m.i.,  
Via della Selvotta, 25  
00041 Albano Laziale, Roma, Italia.  
[unitaekarismi@cittanuova.it](mailto:unitaekarismi@cittanuova.it)

#### Edición inglesa (Asia, África)

«Charisms in Unity», Conrad Sciberras,  
mssp, Via della Salvotta, 25  
00041 Albano Laziale, Roma, Italia.

#### Edición francesa

«Unitè et Charismes», Roger Bourcier, fsg  
10, av. Rémy René-Bazin  
85290 St-Laurent-sur-Sevre, Francia  
[unitecharismes@focolari.fr](mailto:unitecharismes@focolari.fr)

#### Edición portuguesa

«Unidade e Carismas», Germano van de Meer, s.v.d.  
C.P. 18 - 06730-970 Vargem Grande Paulista SP, Brasil  
[centrofoco@uol.com.br](mailto:centrofoco@uol.com.br)

#### Edición alemana

«Charismen. Ordenschristen in Kirche und Gesellschaft», Hans Schalk, cssr  
Kaulbachstrasse 47  
D - 80539 München, Alemania  
[schalk@redmuc.de](mailto:schalk@redmuc.de)

#### Edición eslovena

«Edinost in Karizme», Anton Nadrah, o.cist.,  
Cistercijanska opatija Sticna  
61295 Ivančna Gorica, Eslovenia

#### Edición polaca

«Jednosc i Charyzmaty», Ludwik Mycielski, o.s.b.  
Biskupow 72 PL  
48-355 Burgrabice, Polonia  
[ludwik@benedyktyni-biskupow.org](mailto:ludwik@benedyktyni-biskupow.org)

## IGLESIA «SEMPER REFORMANDA»

### Editorial

---

La «forma» de la Iglesia *Fabio Ciardi, o.m.i.* 2

### Perspectivas

---

¿Por qué la Iglesia es «semper reformanda»? *Brendan Lealy* 5

La Iglesia hoy: ¿hacia dónde vamos? *Hubertus Blaumeiser* 10

Carismas, una luz en la Iglesia *Marina Mota, h.n.j.* 18

### Testigos

Antonio Rosmini:  
evangelizar la Iglesia *M. Mantovani, s.d.b.* 25

### Experiencias

---

Movimiento parroquial,  
una comunidad pascual *Adolfo Raggio* 31

JMJ, una experiencia universal de comunión *Ángel Camino, o.s.a.* 37

# La «forma» de la Iglesia

**D**E tiempo en tiempo en la Iglesia se alza un grito: “¡Reforma!”. Es la denuncia de una insatisfacción por nuestro modo de seguir a Jesús, la confesión de nuestros errores y de habernos alejado del ideal de vida que él nos propuso. El grito es también un reconocimiento por intentar encontrar de nuevo la pureza evangélica y la exigencia de conformarse con radicalidad a la palabra de vida.

La historia de la Iglesia se mide por las reformas. La primera, quizá, es la que llevó a los apóstoles a instituir los “diáconos”. A muy pocos años de los inicios de la primera comunidad de Jerusalén, ya se advertía una desigualdad entre los creyentes, en contraste con el proyecto inicial de que tuviesen un solo corazón y un alma sola y con los bienes en común. Los creyentes de origen extranjero eran discriminados para encontrar nuevamente la originaria y original fraternidad.

En algunos momentos históricos la acción reformadora fue hasta tal punto determinante que caracterizó la época: así hablamos de “Reforma gregoriana, o también de “Reforma” sin más cuando nos referimos a Lutero y al movimiento al que dio origen.

Pero ¿es la Iglesia, o son sus miembros y sus instituciones los que necesitan ser reformados?

Respecto a sus miembros no hay duda alguna. Todos somos pecadores. ¿Quién no advierte la necesidad de reformarse constantemente a sí mismo? La palabra que habitualmente usamos para indicar el cambio al que siempre estamos llamados es “conversión”, palabra que nace del reconocimiento de nuestros pecados y del deseo de recomenzar una nueva vida.

Por lo normal esta exigencia de conversión no se advierte sólo personalmente, sino por grupos enteros y movimientos de cristianos, insatisfechos de su modo de vivir. Es típica la que ha sucedido cíclicamente dentro de la vida monástica y religiosa, para la cual se usa propiamente la palabra “reforma”. El monaquismo benedictino ha conocido grandes reformas, como la cluniacense, cisterciense, camaldulense... Lo mismo ha sucedido dentro del franciscanismo, entre los Carmelitas, los Agustinos, etc. En estos casos la reforma es el intento de volver a la “forma” primitiva, a la inspiración originaria del fundador. Nace de la convicción de que el ideal de vida está en los orígenes y que, a medida que nos alejamos de ellos, se pierde el lustre inicial en una gradual y progresiva relajación. La constatación de la mediocridad de la vida presente se convierte en un llamamiento a volver a la inspiración del pasado.

También las instituciones de la Iglesia han visto y ven una permanente reforma. No es el misterio como tal lo que la demanda, sino el modo de ejercerlo; no la Palabra, sino el modo de vi-

virla y de anunciarla; no el sacramento, sino el modo de administrarlo y realizarlo. Son las reformas litúrgicas, canónicas, etc.

¿Pero la Iglesia como tal es verdaderamente “reformanda”?

Los Padres de la Iglesia y la gran tradición teológica han distinguido siempre entre la reforma de la Iglesia y la reforma en la Iglesia. La primera, propiamente hablando, no puede darse porque la Iglesia, en su realidad misteriosa más profunda, es Cristo mismo, el Santo.

Pero pensemos también en la Iglesia como organismo viviente, que si no crece y se renueva constantemente, muere; pensemos en un pueblo en camino que, como tal, tiende constantemente hacia una meta nunca alcanzada por culpa de la atrofia y la parálisis; en una comunidad que vive en la historia y por tanto siempre acuciada a responder de modo creativo a los nuevos desafíos y requerimientos. Por tanto, la reforma forma parte de su misma naturaleza en cuanto realidad histórica.

El Concilio es claro a este propósito: «*La Iglesia encierra en su propio seno a pecadores, y siendo al mismo tiempo santa y necesitada de purificación, avanza continuamente por la senda de la penitencia y de la renovación*» (LG 8).

La *Gaudium et spes*, con una formulación más extensa, reconoce que «*aunque la Iglesia, por virtud del Espíritu Santo, se ha mantenido siempre como fiel esposa del Señor y nunca ha dejado de ser signo de salvación en el mundo, no ignora, sin embargo, que entre sus propios miembros, clérigos y seglares, a lo largo de tantos siglos, no han faltado quienes fueron infieles al Espíritu de Dios. Aun en nuestros días, no se le oculta a la Iglesia que es grande la distancia entre el mensaje que ella predica y la humana debilidad de aquellos a quienes se confía el Evangelio. Sea cual fuere el juicio de la historia sobre estos defectos, debemos ser conscientes de ellos y combatirlos valientemente para no perjudicar a la difusión del Evangelio*» (n. 43).

Es comprensible la petición de perdón de Juan Pablo II, no sólo por los pecados y los errores de cada miembro de la Iglesia, sino de toda la Iglesia, necesitada siempre de conversión y de reforma. Son comprensibles las fuertes y decididas llamadas de Benedicto XVI a sanar la podredumbre que hay en la Iglesia.

Los carismas tienen un papel determinante al respecto. Han sido otorgados a la Iglesia por el Espíritu Santo para renovarla constantemente. ¿Cómo no pensar en todo lo que Dios ha obrado a través de Benito, Francisco, Domingo, Teresa de Jesús, Ignacio de Loyola?... Lo mismo vale para los carismas de hoy. Las personas a las que se les conceden –recuerda la *Lumen gentium*– se las «*dispone y prepara para realizar variedad de obras y de oficios provechosos para la renovación y una más amplia edificación de la iglesia*» (n. 12).

¿Cuál es el camino para toda reforma en la iglesia? Los caminos y las fórmulas son tantos cuantos son los reformadores. Podríamos releer al respecto el incomparable libro de Y. Congar, *Verdadera y falsa reforma de la Iglesia* (el original habla de “réforme dans l’Église”). Me parece que podemos distinguir dos líneas constantes que emergen en la historia de los carismas.

La primera se contiene en el mismo término “re-forma”. Se trata de “encontrar nuevamente” (re-) la “forma” de la Iglesia. Toda reforma ha mirado a los orígenes, a la Iglesia primitiva de Jerusalén, personalizando en ella el modelo de cada comunidad cristiana, para la Iglesia de siempre. P.C. Bori, en su estudio sobre la Iglesia primitiva, ha demostrado cómo «*la memoria de la Iglesia de los orígenes, y particularmente la descripción de su vida según los Hechos de los Apóstoles, ha constituido siempre, podemos decir, un modelo, un ejemplo, un ideal (quizás un mito) en el curso de la historia de la Iglesia. Especialmente en los períodos críticos, en las cambios decisivos, la posibilidad de un retorno a lo antiguo, a los orígenes, la idea de una reforma como referencia a la ‘ecclesiae primitivae forma’ se ha vuelto a proponer siempre con vigor nuevo... Los*

*textos de los Hechos se han presentado como estímulo, provocación, principio de crisis en la conciencia cristiana, en el dilema entre la perenne y absoluta validez del ideal y la continua necesidad de su encarnación histórica»*<sup>1</sup>. Toda reforma tendría que conseguir hacer presentes hoy tales orígenes. No son lejanos, confinados en un mítico tiempo pasado, y tampoco son anuncio de utopía para los tiempos futuros; están vivos aquí y ahora, como realidad que se puede experimentar y hacer visible. La memoria se convierte en llamamiento que se dirige a toda la Iglesia, para vivir según su propia naturaleza y, al mismo tiempo, anuncia algo realmente factible.

¿Pero qué es lo que nos impresiona siempre cuando miramos a la Iglesia de los orígenes? Es la unidad que la caracteriza. Aquí está la fascinación secreta que atrae y que enamora. En la unidad se halla toda otra dimensión evangélica. En una palabra, podemos decir que la “forma” de la iglesia es la caridad, fuente de la unidad. “La Iglesia es amor”. Reforma significa, pues, reencontrar el amor que es forma de la Iglesia.

En los documentos eclesiales se habla frecuentemente de la caridad como fin de la Iglesia. Tal vez deberíamos fijarnos más en la “forma” en cuanto tal. Icono de la Trinidad, la Iglesia es amor como Dios es Amor. Y Dios es Amor ante todo en sí, en la comunión de las Tres divinas Personas. De ese mutuo amor brota el amor por la creación y por cada criatura. Igualmente, la Iglesia puede ejercer un servicio de caridad porque es caridad.

Una segunda nota para toda reforma, que me parece que también emerge de la historia de los carismas, es la acción colectiva. Al final de su libro sobre la *Verdadera y falsa reforma de la Iglesia*, Congar habla de la “responsabilidad colectiva” de las culpas y de las tragedias a lo largo de la historia de la Iglesia, que aúna a pastores y fieles. Si las desviaciones y los errores son colectivos, también los cambios de vida y de estructuras han de ser colectivos. ¿Habrían impactado a la Iglesia los grandes carismáticos y reformadores si alrededor de ellos no se hubiese creado un movimiento de conversión y de reforma? Si la forma de la Iglesia es el amor, ¿acaso podemos vivir solos el amor –el cristiano, el trinitario–? ¿O acaso no habrá que comprometer a toda la comunidad en la dinámica del amor?

Sólo en la comunión está garantizada la autentica reforma en la Iglesia, porque entre cuantos viven en su “forma” y están unidos en el amor recíproco, Jesús mismo, cabeza de la Iglesia, se hace presente. Será él, en medio de nosotros, el que da siempre nueva forma a su Iglesia. Son iluminadoras las palabras del cardenal J. Ratzinger en su libro Informe sobre la fe: «*Debemos tener siempre presente que la Iglesia no es nuestra, sino suya (de Cristo). En consecuencia, las “reformas”, las “renovaciones” –por apremiantes que sean–, no pueden reducirse a un celoso activismo para erigir nuevas y sofisticadas estructuras. Lo más que puede esperarse de un trabajo semejante es una Iglesia “nuestra”, hecha a nuestra medida, que puede incluso ser interesante, pero que, por sí sola, no es la Iglesia verdadera, aquella que nos sostiene con la fe y nos da la vida con el sacramento. Quiero decir que lo que nosotros podemos hacer es infinitamente inferior a Aquel que hace. Verdadera “reforma”, por consiguiente, no significa entregarnos desenfrenadamente a levantar nuevas fachadas... Lo que necesita la Iglesia para responder en todo tiempo a las necesidades del hombre es santidad, no management»*<sup>2</sup>. Santidad como amor vivido, forma de cada cristiano y de la Iglesia entera.

Fabio Ciardi, o.m.i.

<sup>1</sup> P.C. Bori, *Chiesa primitiva. L'immagine della comunità delle origini -Att 2, 42-47; 4, 32-37- nella storia della Chiesa antica*, Paideia, Brescia 1974, p. 11.

<sup>2</sup> Card. J.Ratzinger, *Informe sobre la fe* (cap. III), BAC, Madrid 1985, pp. 61-62.

# ¿Por qué la Iglesia es «semper reformanda»

*Brendan Lealy*

*El progresivo caminar de la historia y la acción del Espíritu mantienen a la Iglesia, a través de los carismas, en un continuo movimiento de reforma. El autor, catedrático de teología dogmática en la Universidad Pontificia Maynooth (Irlanda), nos ofrece algunos puntos de reflexión..*

**E**N el documento conciliar del Vaticano II sobre ecumenismo se afirma que Cristo llama a la Iglesia a una continua reforma. En este artículo quisiera ofrecer una respuesta a la pregunta de por qué la Iglesia es “*semper reformanda*”

### **Infidelidad al Evangelio**

Que la Iglesia sea “*semper reformanda*” se puede explicar simplemente porque, al ser también una institución humana y terrena, tiene siempre necesidad de reformarse. Los pecados de sus miembros son consecuencia de la infidelidad al Evangelio y constituyen como una obnubilación del rostro de Cristo que debería irradiarse en el pueblo de Dios.

Un ejemplo demasiado evidente de esta imperiosa necesidad institucional de reforma lo encontramos en la experiencia de la Iglesia en mi país. Como se sabe, la Iglesia en Irlanda está atravesando una crisis pro-

funda, como consecuencia de la publicación de los informes sobre abusos sexuales por parte de presbíteros y religiosos. Esto ha minado la tradicional confianza popular en la Iglesia, poniendo en tela de juicio toda su labor. No existe un camino fácil para salir de esta crisis. Preocupan sobre todo las repercusiones sobre la fe de los jóvenes, ya que es difícil valorarlas de aquí a diez o veinte años.

Pero la cuestión va más allá de los abusos a menores: requiere una respuesta más amplia a todos los niveles por parte de la Iglesia. La situación es tensa: la Iglesia es criticada incluso por los católicos más fieles, que piden un enfoque más participativo en la vida de la comunidad. Los sacerdotes se sienten a menudo desorientados ante lo que está sucediendo y no están siempre de acuerdo sobre cómo comportarse ante la inundante oleada de laicismo.

La imagen que viene a la mente es la de

una verdadera noche oscura del espíritu colectivo. La larga serie de acusaciones, incomprensiones, traiciones, sospechas y odio ha probado duramente el espíritu de los irlandeses y de los obispos en particular, cuya situación ahora no es nada envidiable. Se siente que es necesaria una reforma profunda en la vida de comunión a todos los niveles. Como ha afirmado el Papa Benedicto XVI en la *Carta a los Católicos de Irlanda*, hay necesidad de una nueva visión y de nuevos caminos para la Iglesia, justamente de una profunda reforma.

Sí, a lo largo de la historia de la Iglesia debemos confrontarnos honestamente con el tema del pecado en la Iglesia, es decir, con las infidelidades al Evangelio. La Comisión Teológica Internacional nos recuerda que *«hay que evitar tanto una apologética que quiere justificarlo todo, como una indebida culpabilidad, fundada en la atribución de responsabilidades históricas insostenibles»*<sup>1</sup>. De cualquier modo, es verdad que *«la Iglesia... no teme a la verdad que emerge de la historia y está pronta a reconocer los errores allí donde son comprobados»*<sup>2</sup>.

### La Iglesia es una realidad dinámica

Si bien el aspecto institucional siempre tiene necesidad de reforma por causa de las faltas de sus miembros, podemos afirmar un motivo más, un motivo casi esencial, de reforma en la Iglesia: es el hecho de que la Iglesia, en los planes de Dios, no es una realidad estática, muerta, sin vida, sino más bien una realidad dinámica que se desarrolla de modo orgánico, en relación vital con acontecimientos y circunstancias de la historia.

Podríamos decir que la Iglesia es como el grano de mostaza del que habla Jesús; es como una semilla arrojada en los surcos de la historia para que crezca, se desarrolle y se convierta en un árbol mayor que los demás. Tiene su historia, y la historia misma –en-

tendida en el sentido más amplio– forma parte de su historia de crecimiento y desarrollo bajo la guía del Espíritu Santo. En el cuarto Evangelio leemos que Jesús prometió a sus discípulos que enviaría el Espíritu Santo para guiar a la Iglesia hasta la Verdad plena (cfr. *Jn* 16, 13). La dirige en un recorrido, si podemos decir así, de “descubrimiento de sí misma”. A lo largo de la historia, la Iglesia va comprendiendo cada vez más *qué* es, o mejor, *quién* es realmente. El “*semper reformanda*” en este sentido quiere decir crecer en una fidelidad más grande a su vocación de ser la presencia de Jesús entre los hombres.

El crecimiento en la comprensión de su identidad, en su forma y en su misión, acontece en ella a través de la contemplación y el estudio de los fieles que viven el Evangelio (con las alegrías y fatigas de cada día), la experiencia de realidades espirituales (baste pensar en los fundadores, santos, místicos), a través de la liturgia celebrada y vivida, a través de la enseñanza del magisterio del papa y de los obispos (cf. *DV* 8). Se trata de descubrir los signos de la presencia y del designio de Dios: *«El Pueblo de Dios, movido por su fe de que el Espíritu del Señor, que llena el universo, lo guía en los acontecimientos, en las exigencias y en los deseos que le son comunes con los demás hombres de nuestro tiempo, se esfuerza por ver con claridad cuáles son en todo eso las señales de la presencia o de los designios de Dios»* (*GS* 11).

A veces parece fatigoso y trágico el trabajo de la Iglesia a lo largo de su camino, porque comparte y participa de los dramas de la humanidad y camina solidariamente con la humanidad a lo largo de los senderos de la historia. Se trata de una comprensión progresiva de la dimensión universal (e incluso cósmica) de Jesús, del que ella es continuación y presencia. Las palabras de G. Bedouelle me parecen adecuadas para lo que estamos diciendo: *«La vocación de la Iglesia reside propiamente en esto, en que ella no lanza sus*

*redes desde el exterior, como si existiera desde fuera una Encarnación, sino que actúa desde dentro, como la levadura en la masa, y nada es más perfectamente adecuado que la parábola evangélica. Los desafíos que recibe desde el exterior son acompañados a veces, e incluso sustituidos, por tentaciones que encuentra en sí misma, Iglesia santa compuesta de pecadores. Estos desafíos internos no son necesariamente de errores, sino a menudo de valores menos elevados, o secundarios, o menos puros, o también simplemente menos adecuados a su misión de anunciar una salvación que viene de lo alto... En la lógica de la Encarnación, la Iglesia alimenta la estima por las civilizaciones en las que está, en las que se sumerge, presta su servicio y a las que normalmente ama... La Iglesia vive, por tanto, entre los hombres»<sup>3</sup>.*

Siempre suenan actuales las palabras de Juan Pablo II referidas a la historia de la Iglesia en Europa, donde el papa pone de relieve la fuerte unión existente entre el camino de la historia y la Iglesia: *«Las crisis del hombre europeo son las crisis del hombre cristiano. Las crisis de la cultura europea son las crisis de la cultura cristiana. En esta luz, el cristianismo puede descubrir en la aventura del espíritu europeo las tentaciones, las infidelidades y los riesgos que son propios del hombre en su relación esencial con Dios en Cristo. Podemos afirmar, todavía más profundamente, que estas pruebas, estas tentaciones y este resultado del drama europeo no sólo interpelan al Cristianismo y a la Iglesia desde fuera como una dificultad o un obstáculo externo que hay que superar en la obra de la evangelización, sino que en un sentido real son interiores al Cristianismo y a la Iglesia»<sup>4</sup>.*

A la luz de este comentario, podríamos afirmar que la Iglesia tiene su propio camino colectivo de fe. Y esto implica una reforma, no sólo por motivo del pecado, sino también porque forma parte de la naturaleza de la Iglesia como realidad dinámica guiada por el Espíritu Santo a través de las crisis por las que pasa la civilización de los hombres, para llegar a ser cada vez más lo

que es: la esposa de Cristo. Asistimos también hoy a una extraordinaria transición eclesiológica: de un modelo secular de Iglesia, que hoy parece que ya no rige, a un modelo nuevo que lentamente está emergiendo. Ciertamente, hay que tener muy en cuenta que cuando se habla de reforma no se trata, ni se puede tratar, de una novedad radical que se coloca en discontinuidad con la historia precedente, sino de una etapa ulterior del camino de la Iglesia: un nuevo florecer del secular árbol que es la Iglesia<sup>5</sup>.

## El Misterio Pascual

Se dice en el Vaticano II que *«la Iglesia va peregrinando entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios, anunciando la cruz y la muerte del Señor hasta que Él venga (cf. 1 Cor 11, 26)» (LG 8)*. Con esta afirmación tocamos otro punto importante para comprender la naturaleza de la reforma eclesial. La Iglesia nace de Jesús crucificado y abandonado y, en el fondo, la vida de la Iglesia está llamada a llevar un ritmo kenótico, siguiendo y amando a Cristo crucificado y resucitado en su po-

*«Los desafíos que recibe desde el exterior son acompañados a veces, e incluso sustituidos, por tentaciones que encuentra en sí misma, Iglesia santa compuesta de pecadores. Estos desafíos internos no son necesariamente de errores, sino a menudo de valores menos elevados, o secundarios, o menos puros, o también simplemente menos adecuados a su misión de anunciar una salvación que viene de lo alto...».*

sicionamiento interno por el amor recíproco y también yendo “fuera de sí” por la misión. Nunca falta la dinámica de muerte y resurrección. En la Carta a los católicos de Irlanda Benedicto XVI escribe: *«las heridas mismas*

*de Cristo, transformadas por sus sufrimientos redentores, son los instrumentos que han roto el poder del mal y nos hacen renacer a la vida y a la esperanza. Creo firmemente en el poder curativo de su amor sacrificial –incluso en las situaciones más oscuras y sin esperanza– que trae la liberación y la promesa de un nuevo comienzo» (n.6).*

La fe nos hace reconocer que, incluso en medio de las contradicciones y de las heridas, caminamos inevitablemente, por Jesús abandonado y resucitado, hacia la recapitulación de todas las cosas en Cristo. Seguros de que todo coopera al bien de los que aman a Dios (cf. *Rm* 8, 28), podemos confiar por lo mismo en que, en la intrepidez de la reforma, más allá de las causas segundas, actúa el Espíritu que provoca un ritmo continuo de muerte y resurrección, y así una renovación, más aún una verdadera transformación de la Iglesia, la Esposa que sigue a su único Esposo.

### La dimensión carismática de la Iglesia

Hablando de la dinámica reformadora en la Iglesia, debemos tener en cuenta que no somos nosotros los que “hacemos” la Iglesia, sino que es el Resucitado en el poder del Espíritu Santo que nos precede. Es Cristo que, con el don de su Espíritu, constantemente obra como Cabeza –o mejor, como origen siempre presente– de su Pueblo, haciendo de muchos y dispersos «*un solo corazón y una sola alma*» (cf. *Hch* 4, 32), su Cuerpo que se expresa en la multiplicidad de manifestaciones del Espíritu (cf. *I Cor* 12-13; *Rm* 12, 4-6; *Ef* 4; *Col* 1, 18 etc.). El Espíritu Santo es el verdadero protagonista de la reforma en la vida de la Iglesia, de modo particular a través de los carismas que le otorga en vistas a su misión.

En el año dedicado al Espíritu Santo, durante la preparación al Jubileo del 2000, Juan Pablo II, en el encuentro que mantuvo en la Plaza de San Pedro con los movimien-

tos eclesiales y las nuevas comunidades, recordó la importancia decisiva de la acción del Espíritu Santo en el evento del Concilio Vaticano II: «*Siempre, cuando interviene, el Espíritu produce estupor. Suscita eventos cuya novedad asombra, cambia radicalmente a las personas y la historia. Esta fue la experiencia inolvidable del Concilio ecuménico Vaticano II durante el cual, bajo la guía del mismo Espíritu, la Iglesia redescubrió que la dimensión carismática es parte constitutiva de su esencia: ‘El mismo Espíritu Santo no sólo santifica y dirige al Pueblo de Dios mediante los sacramentos y los ministerios y lo llena de virtudes. También reparte gracias especiales entre los fieles de cualquier estado o condición ‘y distribuye sus dones a cada uno según quiere’ (1 Cor 12, 11). Con estos dones hace que estén preparados y dispuestos a asumir diversas tareas o ministerios que contribuyen a renovar y construir más y más la Iglesia (LG 12)»*<sup>6</sup>.

Los carismas llevan una carga de renovación, de luz, de santidad y de ardor así como también de experiencias y formas de vida que abren nuevos caminos de reforma para la Iglesia. Ya, durante el Concilio, el teólogo alemán K. Rahner, había escrito de esto. Los carismas dan vida a movimientos de renovación en la Iglesia. Sucede que las personas, cuando encuentran una porción de Iglesia que, gracias a la presencia de Cristo entre los hombres, es verdaderamente comunión, advierten una espontánea atracción y comienzan a abrirse al mensaje del Evangelio.

De hecho, en la Iglesia existe una bipolaridad entre el aspecto institucional y el carismático que forja al Pueblo de Dios para corresponder mejor a los designios de Dios sobre él. Por eso el papa Wojtyła afirma: «*Los aspectos institucional y carismático son casi coesenciales a la constitución de la Iglesia y concurren, aunque de modo diverso, a su vida, a su renovación y a la santificación del Pueblo de Dios*»<sup>7</sup>.

Tres días antes, en su Mensaje al congreso mundial de los movimientos, había afir-

mado de forma semejante: «*Ambas son igualmente esenciales para la constitución divina de la Iglesia fundada por Jesús, porque contribuyen a hacer presente el misterio de Cristo y su obra salvífica en el mundo*»<sup>8</sup>.

«*Siempre, cuando interviene, el Espíritu produce estupor. Suscita eventos cuya novedad asombra, cambia radicalmente a las personas y la historia. Esta fue la experiencia inolvidable del Concilio ecuménico Vaticano II*».

Durante el encuentro con los obispos de Portugal, en mayo del 2010, en Fátima, Benedicto XVI ha reforzado este aspecto de renovación ligado a los movimientos: «*Alguno podría decir: ‘La Iglesia tiene necesidad de grandes corrientes, movimientos y testimonios de santidad..., pero no los hay. A este respecto, os confieso la agradable sorpresa que he tenido al encontrarme con los movimientos y las nuevas comunidades eclesiales. Al observarlos, he tenido la alegría y la gracia de ver cómo, en un momento de fatiga de la Iglesia, en un momento en el que se hablaba de “invierno de la Iglesia”, el Espíritu Santo creaba una nueva primavera, despertando en jóvenes y adultos la alegría de ser cristianos, de vivir en la Iglesia, que es el Cuerpo vivo de Cristo. Gracias a los carismas, la radicalidad del Evangelio, el contenido objetivo de la fe, la corriente viva de su tradición, se comunican de manera persuasiva y son acogidos como experiencia personal, como adhesión libre a todo lo que encierra el misterio de Cristo*»<sup>9</sup>.

## Conclusión

Podemos decir que la Iglesia es “*semper reformanda*” por algunos motivos.

Primero. Porque los hombres somos pecadores, la Iglesia tiene siempre necesidad de una renovación institucional.

Segundo. Porque la Iglesia está dentro de la historia, en un camino progresivo que prepara la venida y manifestación definitiva del Resucitado, tenemos incesantemente necesidad de dejarnos regenerar por la Palabra de Dios, por los sacramentos, y por la luz nueva que se desprende de los carismas.

Tercero. La dinámica de la reforma no es simplemente un empeño nuestro. No somos nosotros los que hacemos la Iglesia. La Iglesia misma, por su naturaleza, es una realidad dinámica. Es Cristo, el Esposo de la Iglesia, con el poder del Espíritu Santo, el que guía a su Esposa hacia la plenitud de la verdad, para hacerla cada vez más lo que es: la Iglesia «*radiante, sin mancha ni arruga ni nada parecido, una Iglesia santa e inmaculada*» (Ef 5, 27). Y el Espíritu Santo es el Protagonista de esta realidad dinámica, por tanto, en continua reforma gracias a los carismas derramados sobre el Pueblo de Dios, que es la Iglesia una-santa-católica-apostólica.

<sup>1</sup> Comisión Teológica Internacional, *Memoria y Reconciliación*, cap. 4.

<sup>2</sup> Juan Pablo II, *Catequesis en la audiencia general*, 2 septiembre 1999.

<sup>3</sup> G. Bedouelle, *Storia illustrata*, Città Nuova, Roma 2004, p. 8.

<sup>4</sup> Juan Pablo II, *Discurso a los participantes en el 5º congreso del Consejo de las Conferencias Episcopales de Europa*, 2 octubre 1982.

<sup>5</sup> Cf. Benedicto XVI sobre la hermenéutica de la continuidad en la que debe ser leído el Concilio Vaticano II, como “reforma” y no como “revolución”: *Discurso a la Curia Romana*, 22 diciembre 2005.

<sup>6</sup> Juan Pablo II, *Vigilia de Pentecostés*, 30 mayo 1998.

<sup>7</sup> *Ibid.*

<sup>8</sup> *Id.*, *Mensaje al congreso mundial de los movimientos*, 27 mayo 1998. En el mismo congreso, el entonces cardenal Ratzinger en su exposición sobre *Los movimientos eclesiales y su lugar teológico* no dudó en hablar de los movimientos como de un aspecto de la sucesión apostólica de la Iglesia.

<sup>9</sup> Benedicto XVI, *Discurso a los obispos de Portugal*, 13 mayo 2010.

# La Iglesia hoy: ¿hacia dónde vamos?

*Hubertus Blaumeiser*

*Este tema fue expuesto en un congreso internacional para formadores de seminarios. El autor, anteriormente profesor de teología dogmática en la Universidad Pontificia Gregoriana de Roma, está actualmente al frente de los sacerdotes diocesanos adherentes al Movimiento de los Focolares.*

**L**A actual situación de la Iglesia, junto a experiencias alentadoras y positivas, muestra importantes señales de crisis que, miradas sin embargo desde una óptica de fe, representan la llamada a una renovación de la vida eclesial. Recogiendo algunas indicaciones significativas de Benedicto XVI, ilustramos esta perspectiva con tres rápidas pinceladas, a las que se podrían añadir otras.

### Señales de crisis como indicadores del camino

*Crisis de credibilidad.* Abusos sexuales, desilusión, crítica y abandono de la Iglesia, especialmente en algunos países en los que, en este último período, han conmovido profundamente la vida eclesial. En esta situación no es posible apoyarse en glorias pasadas. Surge de todo ello la llamada a una nueva coherencia y a un nuevo empeño de

santidad. Tampoco bastan el anuncio y la evangelización; se requieren los hechos, la vida, el testimonio personal: «*El recurso valiente e integral a los principios es esencial e indispensable; pero el simple anuncio del mensaje no llega hasta el corazón de la persona, no toca su libertad, no cambia la vida. Lo que fascina es sobre todo el encuentro con personas creyentes que, mediante su fe, atraen hacia la gracia de Cristo, dando testimonio de Él*»<sup>1</sup>.

*Creciente crisis de relevancia.* Desde hace tiempo se registra una reducción de los ambientes sociales a los que llega la Iglesia: según una encuesta en Alemania, son 3 de cada 10. Da que pensar el progresivo éxodo de obreros, jóvenes, mujeres, junto a una radical disminución de vocaciones sacerdotales en los países más secularizados.

Frente a estos desafíos, el simple trabajo de la catequesis, tal como se ha desarrollado tradicionalmente, se muestra muchas veces insuficiente. Es necesario “traducir” la ver-

dad cristiana en el hoy y hacer que toque la vida de las personas. Benedicto XVI, cuando era cardenal, afirmaba en una entrevista: *«Hace falta un trabajo de traducción de los grandes dones de la fe al lenguaje de hoy, al pensamiento de hoy. Las grandes verdades son las mismas: el pecado original, la creación, la redención, la vida eterna... pero muchas de estas cosas se expresan todavía con un pensamiento que no es el nuestro. Hay que hacerlas llegar al pensamiento de nuestro tiempo y hacerlas accesibles al hombre para que vea realmente la lógica de la fe»*<sup>2</sup>.

*El desafío del contexto multicultural y multi-religioso.* En el marco actual sociocultural, el cristianismo aparece cada vez más como una oferta entre otras muchas. En este contexto urge profundizar en lo específico de la fe cristiana. No en vano Benedicto XVI, con su primera encíclica *Deus caritas est* puso en el centro de su pontificado la misión de volver a presentar la imagen cristiana de Dios y la consiguiente imagen del hombre y de su camino: la Iglesia como “comunidad de amor”.

## ¿Derrumbamiento o gestación?

Si las señales de una grave crisis son indudables, ¿cómo debemos interpretarlas?

*Hermenéutica de la fe a la luz del misterio pascual.* En su Carta a los católicos de Irlanda, Benedicto XVI escribe: *«Las heridas mismas de Cristo, transformadas por sus sufrimientos redentores, son los instrumentos que han roto el poder del mal y nos hacen renacer a la vida y la esperanza. Creo firmemente en el poder curativo de su amor sacrificial –incluso en las situaciones más oscuras y sin esperanza– que trae la liberación y la promesa de un nuevo comienzo»* (n.6).

Por muy dolorosos que sean los fenómenos a los que asistimos y por cuanto puedan depender de los hombres, autores humanos, la fe nos hace reconocer a Dios como el Señor de la historia, y no sólo de la pasada sino también de la futura. En realidad, la

historia de la salvación acompaña la historia universal. Incluso en medio de las contradicciones, vamos hacia la recapitulación de todas las cosas en Cristo. Seguros de que todo coopera al bien de los que aman a Dios (Rom 8, 28), podemos confiar en que, incluso en los desafíos presentes, más allá de las causas segundas, el Espíritu trabaja para provocar una renovación, o mejor, una verdadera transformación de la Iglesia que la haga ser más ella misma.

*«El recurso valiente e integral a los principios es esencial e indispensable; pero el simple anuncio del mensaje no llega hasta el corazón de la persona, no toca su libertad, no cambia la vida. Lo que fascina es sobre todo el encuentro con personas creyentes que, mediante su fe, atraen hacia la gracia de Cristo, dando testimonio de Él»*

*No crisis de la Iglesia, sino de un paradigma de Iglesia.* Asistimos a una laboriosa transición: de un modelo secular de Iglesia, que hoy no parece sostenerse ya, a un modelo nuevo que está surgiendo lentamente. Podríamos caracterizar esta transición diciendo que estamos pasando de un modelo “societario” de Iglesia a un modelo trinitario-comunal; de una estructuración fuertemente piramidal, que era la adecuada para una sociedad organizada también de modo piramidal, a un dinamismo cenacular, mucho más en consonancia con el dato neotestamentario; del paradigma costantiniano de una Iglesia de Estado a la Iglesia como minoría creativa, en sentido bíblico: la Iglesia como sal de la tierra y como levadura en la masa.

Conocemos lo que llevamos a nuestras espaldas, y a veces –especialmente en una cultura que nos puede parecer hostil– esta-

mos tentados de querer retroceder, mientras percibimos con dificultad el nuevo perfil al que estamos llamados a vivir.

*Protagonista: la acción del Espíritu.* Una pregunta fundamental es sin duda ésta: ¿se trata de algo “novum” que hemos de producir con nuestro ingenio o más bien lo recibimos acogiéndolo de Dios?

C. Hennecke se muestra convencido de que, en medio del declive imparable de realidades eclesiales en otro tiempo florecientes, Dios está preparando nuevos modos de ser Iglesia en el mundo de hoy. Es más, lo mismo que los exploradores enviados por Moisés a la Tierra prometida le llevaron noticias, así también hoy existen “exploradores” que nos pueden dar noticia de ese “novum” que Dios está preparando. Se trata de experiencias eclesiales inéditas, tal vez pequeñas, pero portadoras de un mensaje dirigido al conjunto de la vida de la Iglesia. Existen mucho más de lo que a veces pensamos. El desafío consiste en ponerlas de relieve, valorizarlas y relacionarlas entre ellas.

A este propósito, Benedicto XVI dijo en su encuentro con los obispos de Portugal en Fátima: *«Alguno podría decir: ‘La Iglesia tiene necesidad de grandes corrientes, movimientos y testimonios de santidad... pero no los hay. A este respecto, os confieso la agradable sorpresa que he tenido al encontrarme con los movimientos y las nuevas comunidades eclesiales. Al observarlos, he tenido la alegría y la gracia de ver cómo, en un momento de fatiga de la Iglesia, en un momento en el que se hablaba de “invierno de la Iglesia”, el Espíritu Santo creaba una nueva primavera, despertando en jóvenes y adultos la alegría de ser cristianos, de vivir en la Iglesia, que es el Cuerpo vivo de Cristo. Gracias a los carismas, la radicalidad del Evangelio, el contenido objetivo de la fe, la corriente viva de su tradición se comunican de manera persuasiva y son acogidos como experiencia personal, como adhesión libre a todo lo que encierra el misterio de Cristo»*<sup>3</sup>.

*Hermenéutica de la continuidad: “reforma”, no “revolución”.* Si hablamos de un “novum” que hoy debe abrirse camino, no se trata –y no puede tratarse– de un cambio radical que se pone en discontinuidad con la historia precedente, sino de una etapa ulterior en el camino de la Iglesia hacia la verdad plena (cf. *Jn* 16, 13), un nuevo florecimiento de ese secular árbol que es la Iglesia.

Históricamente, este nuevo florecimiento atañe, por un lado, a las inagotables potencialidades del momento fundante de la Iglesia con el evento Jesús, y, por otro, se va preparando desde hace tiempo en la renovación eclesiológica de los siglos XIX y XX; renovación que ha encontrado una expresión decisiva en el Concilio Vaticano II y ha ido madurando en las últimas décadas.

### Palabras claves para la vida de la Iglesia: *ad extra*

*La Iglesia como sacramento de unidad: «sacramento o señal e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano»* (LG 1). Esta es la clave genial para una relectura del misterio de la Iglesia que Juan XXIII quiso que se colocara en el centro de los trabajos del Concilio Vaticano II: la Iglesia como centro de unidad de los hombres con Dios y entre ellos. Evento de unidad que –según la teología de la koinonía de los primeros siglos del cristianismo– tiene su raíz en Dios Trinidad, encuentra su visibilidad y su dinamismo en la Iglesia –«como una muchedumbre reunida por la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (LG 4)– y, a través de ella, está destinado a transformar todas las realidades de la vida humana: una ola de comunión –diríamos– que va desde el corazón de la Trinidad hasta los confines de la tierra.

Con una visión semejante queda restablecido el nexo entre lo que es la Iglesia y las vicisitudes de la humanidad, en su di-

mensión más laica y terrena. Contentarse con responder a la nueva demanda religiosa y concentrarse unilateralmente en la dimensión de lo sagrado, significaría renunciar a la amplitud de la misión salvífica de la Iglesia y a su profunda identidad que san Buenaventura, ya en el siglo XIII, expresaba así: «*La Iglesia es el acontecimiento del amor recíproco*»<sup>4</sup>.

La unidad –o mejor, la vida trinitaria– como salvación. «*El pueblo mesiánico –leemos en la *Lumen gentium*–... es para toda la humanidad el germen firmísimo de unidad, de esperanza y de salvación... Dios... constituyó a la Iglesia para que sea sacramento visible de esta unidad salutífera para todos y para cada uno*» (n.9).

Una las palabras que para muchos ha corrido hoy el riesgo de quedar privada de su contenido existencial y concreto es la de “salvación”. Por eso es indicador que el Vaticano II haya establecido el vínculo entre salvación y unidad. Es en la comunión y en el don de sí a imagen de las tres divinas Personas donde la persona humana encuentra su plena realización que comienza aquí en la tierra y llega a su cumplimiento en el Cielo (cf. *GS* 24). La salvación está en la unidad, o mejor, en la comunión y reciprocidad cada vez más plenas de las personas con Dios y entre sí, superando las contraposiciones y las dialécticas negativas y reconciliando, a la luz y en virtud del Misterio trinitario, la libertad y la realización del individuo con las instancias de la socialidad y de la comunidad.

Escribe G. Greshake: «*El fin último, por tanto, es la ‘unidad’, podría decirse también la ‘trinitarización’ de la realidad entera: lo que Dios es en cuanto Dios trinitario podemos y debemos llegar a serlo también nosotros, es decir una ‘unidad de comunio’, una unidad de la pluralidad, una pluralidad en la unidad*»<sup>5</sup>.

Según la enseñanza del Vaticano II, la Iglesia es el acontecimiento de esto, más

aún, es sacramento, es decir, signo e instrumento de esta unidad salvífica.

Visto así, el misterio de la Iglesia y el misterio de la persona humana están íntimamente unidos y se comprende entonces que la Iglesia no sea algo opcional o una superestructura arbitraria: en la Iglesia, como lugar de unidad y como espacio de relaciones trinitarias, es donde la persona encuentra su plena realización. En este sentido, en el siglo IV, Agustín ya habló de la Iglesia como espacio del «*mundo reconciliado*»<sup>6</sup>.

El misterio de la Iglesia y el misterio de la persona humana están íntimamente unidos y se comprende entonces que la Iglesia no sea algo opcional o una superestructura arbitraria: en la Iglesia, como lugar de unidad y como espacio de relaciones trinitarias, es donde la persona encuentra su plena realización.

Es significativo que, cuando la Iglesia se presenta de este modo en el mundo no creyente se presta atención y se experimenta –como afirma la *Gaudium et spes*– que «*la vocación del hombre es una misma, es decir, la vocación divina*» (n. 22).

*El desafío de la visibilidad: el perfil mariano de la Iglesia.* Estoy convencido de que uno de los desafíos más grandes para la Iglesia de hoy es el de la “visibilidad”. Hace falta que la Iglesia *consiga hacerse conocer por lo que es*. En ello se juegan su credibilidad y su camino en el mundo de hoy. Como había pedido Jesús: «*Por esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os amáis los unos a los otros*» y «*que sean uno... para que el mundo crea*». El amor recíproco, la participación en la vida trinitaria, es lo que hace “ver” a la Trinidad y suscitarse así la fe (cf. *1 Jn* 1, 1-3).

De aquí deriva una *nueva comprensión de*

la relación entre la dimensión institucional –o mejor, sacramental-ministerial– de la Iglesia y la carismática-existencial. La extraordinaria riqueza de la Iglesia es que no sea una iniciativa simplemente humana, sino que encuentre su origen en la acción fundante de Cristo que nos precede: a través de su Palabra y los sacramentos y el ministerio él engendra y regenera constantemente a la Iglesia como Cuerpo suyo y la constituye efectivamente como tal.

Pero esta realidad *objetiva* e indefectible, tiene que encontrar *actuación subjetiva*, es decir, existencial, en nuestra vida y en nuestras relaciones, si no queremos contradecir y ocultar con nuestro estilo de vida lo que somos por gracia de Cristo. Hace falta que lo que la Iglesia es en virtud y por don de Cristo –presencia e instrumento de la vida trinitaria– sea acogido y vivido por ella, y se convierta en realidad visible y sensible.

Esta es una de las características de lo que H.U. von Balthasar, y con él Juan Pablo II y Benedicto XVI, han llamado el *perfil mariano de la Iglesia*. Con su doble “fiat”, en el momento de la anunciación y al pie de la cruz, María hizo posible que se realizaran los planes de Dios. “Perfil mariano” quiere decir adhesión de la fe, ejercicio de la caridad, vida, testimonio, santidad, transparencia de Dios. Ahora bien, si es verdad que el mundo de hoy rechaza muchas veces a la Iglesia sobre todo como institución, al mismo tiempo parece tener una sed irresistible de esa Iglesia “mariana” que se presenta como evangelio vivido, caridad concreta, comunidad de amor (Benedicto XVI), o también como «*casa y escuela de comunión*» (Juan Pablo II) <sup>7</sup>.

Entre las conversiones que esto requiere por parte nuestra está la de presentar a las personas no los medios sino el fin de la fe cristiana, es decir: “la unidad salvífica”, la participación en la vida trinitaria,

*Cristo en el corazón de la sociedad: células que testimonian al Resucitado*. Si la Iglesia es *para el mundo*, es indispensable que esté presente donde las personas viven. Este era el sueño del card. S. Kim cuando, al final de los años 80, se celebró en Corea el Congreso Eucarístico Internacional: “ser como una hostia grande en la sociedad”, presencia de amor, fuente de relaciones nuevas, fraternas y comunicativas.

Esto puede realizarse concretamente a través de “pequeñas comunidades cristianas” o “células de ambiente” que hoy proliferan en el mundo y que son un verdadero signo de los tiempos: presencia de la Iglesia en medio de las casas de los hombres, allí donde ellos viven y trabajan diariamente <sup>8</sup>.

Estas células de vida eclesial me parece que son de suma importancia para el futuro del cristianismo, con la condición de que no se configuren sólo como grupos de oración y de profundización de la Palabra de Dios, sino que sean lugares en los cuales se vive y, consecuentemente, se suscita alrededor relaciones de fraternidad y de reciprocidad a partir del misterio trinitario, y, por tanto, lugares en los que se experimenta la presencia viva y unificadora de Cristo según su promesa: «*donde están dos o más reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos*» (Mt 18,20).

Como “pequeñas Iglesias” o “Iglesia en miniatura”, estas células son “sacramento” de Dios para una humanidad renovada por el mandamiento nuevo que es «*ley fundamental de la perfección humana*» (cf. GS 38).

Y podríamos continuar, tocando algunos puntos más, como la llamada a que la Iglesia sepa ser en el seno a la sociedad *minoría creativa: sal y levadura*. O la importancia del diálogo (cf. Pablo VI, *Ecclesiam suam* y LG 13-16) que ofrece la verdad cristiana bajo forma de anuncio respetuoso. O la urgencia de despojarse de privilegios, pretensiones, poder, para ser presencia de amor.

## Palabras clave para la vida de la Iglesia: *ad intra*

Sobre este fondo de la relación Iglesia-mundo, que creo fundamental, consideramos más brevemente algunos aspectos de la vida de la Iglesia *ad intra*. Procedemos también aquí según palabras clave, más que nada para evocar lo que ya conocemos todos.

*Iglesia-comunión: de la pirámide al Cenáculo.* Como sabemos, el Vaticano II señaló el paso de una visión que concebía a la Iglesia primariamente como *societas perfecta*, estructurada a modo de pirámide, a una comprensión más bíblica de la Iglesia como misterio de comunión, que hunde sus raíces en el misterio de la vida de las Tres divinas Personas, en virtud del bautismo, todas implicadas activamente en la edificación de la Iglesia (cf. *LG* c. 2 y n. 32). En este contexto, el ministerio jerárquico se configura como un servicio esencial y singular (cf. *LG* c.3).

Si queremos sintetizarlo todo en una imagen, ésta sería el Cenáculo de Pentecostés: hombres y mujeres que, fundidos en un solo corazón y una sola alma por el Espíritu, toman conciencia de ser testigos del Resucitado, expresión visible de él, “cristianos” que, como tales, se lanzan juntos al mundo que les rodea. En el fondo de esta realidad, el papel de Pedro y de los Doce es evidente, pero están igualmente presentes María y otros testigos de la Resurrección: ministerios y carismas...

Ese paso de la pirámide al Cenáculo nos compromete hoy en la Iglesia a todos los niveles, y queda mucho por hacer. Veamos en las siguientes palabras clave algunas implicaciones.

*Coesencialidad de la dimensión carismática.* En el año dedicado al Espíritu Santo, durante la preparación del Jubileo del 2000, Juan Pablo II, encontrándose en la Plaza de S. Pedro con los movimientos eclesiales

y las nuevas comunidades, habló de las asombrosas intervenciones del Espíritu el cual cambia radicalmente las personas y la historia. Y prosiguió: «*Ésta ha sido la experiencia inolvidable del Concilio ecuménico Vaticano II, durante el cual, bajo la guía del mismo Espíritu, la Iglesia ha redescubierto, como constitutiva de sí misma, la dimensión carismática: ‘El Espíritu no solamente santifica y dirige al Pueblo de Dios por los sacramentos y los ministerios y lo enriquece con las virtudes, sino que distribuye sus dones a cada uno según quiere (1Cor 12, 11), reparte entre los fieles de cualquier condición incluso gracias especiales... provechosas para la renovación y una más amplia edificación de la Iglesia’*» (cf. *LG*, 12).

El Papa Wojtyla extrae esta significativa conclusión: «*El aspecto institucional y carismático son casi coesenciales en la constitución de la Iglesia y contribuyen, aunque de modo diverso, a su vida, a su renovación y a la santificación del Pueblo de Dios*»<sup>9</sup>.

Si es verdad que el mundo de hoy rechaza muchas veces a la Iglesia sobre todo como institución, al mismo tiempo parece tener una sed irresistible de esa Iglesia “mariana” que se presenta como evangelio vivido, caridad concreta, comunidad de amor (Benedicto XVI), o también como «*casa y escuela de comunión*» (Juan Pablo II)

Habrà que procurar, cada vez más, en cada diócesis y en cada parroquia, los modos y los lugares, especialmente en el ámbito de los consejos pastorales, para llevar a cabo esta coesencialidad en la interacción de todas las fuerzas vivas de la Iglesia.

*Circularidad de los estados de vida.* Desde la visión de comunión trinitaria de la Iglesia, los diversos estados de vida no hay que ver-

los en clave de subordinación, sino en su circularidad y, por tanto, en su recíproca complementariedad.

Según la *Christifideles laici* cada modalidad de la vocación universal «tiene su original e inconfundible fisionomía, y al mismo tiempo cada una de ellas está en relación con las otras y a su servicio. Así el estado de vida laical tiene en la índole secular su especificidad y realiza un servicio eclesial testificando y volviendo a hacer presente, a su modo, a los sacerdotes, a los religiosos y a las religiosas, el significado que tienen las realidades terrenas y temporales en el designio salvífico de Dios. A su vez, el sacerdocio ministerial representa la garantía permanente de la presencia sacramental de Cristo Redentor en los diversos tiempos y lugares. El estado religioso testimonia la índole escatológica de la Iglesia, es decir, su tensión hacia el Reino de Dios, que viene prefigurado y, de algún modo, anticipado y preguestado por los votos de castidad, pobreza y obediencia. (n.55).

*Corresponsabilidad y no sólo colaboración.* De acuerdo con la enseñanza conciliar, Benedicto XVI ha llamado la atención varias veces sobre el recto modo de concebir la relación presbíteros-laicos respecto a la edificación de la Iglesia: «Es necesario mejorar los planes pastorales para que, respetando las vocaciones y las funciones de los consagrados y de los laicos, se promueva gradualmente la corresponsabilidad de todos los miembros del pueblo de Dios. Esto exige un cambio de mentalidad, en particular por lo que respecta a los laicos, pasando de considerarlos “colaboradores” del clero a reconocerlos realmente como “corresponsables” del ser y actuar de la Iglesia»<sup>10</sup>.

Si el anuncio cualificado y la celebración de los sacramentos están confiados a los ministros ordenados, la misión de dar vida a la Iglesia como acontecimiento de unidad compromete a todos los miembros de la Iglesia sin distinción (cf. *LG* 12, 32-33; *PO* 9). Decía un seminarista la víspera de su ordenación sacerdotal. «Yo no tendría el coraje

de consagrar la Eucaristía si no hubiera aprendido a consagrar con el amor recíproco todas las relaciones».

“Sinodalidad” y discernimiento comunitario son expresiones indispensables de una Iglesia trinitario-cenacular.

«Forma parte de las aportaciones indiscutibles del Concilio Vaticano II haber puesto nuevamente de relieve la sinodalidad que caracteriza desde los orígenes la experiencia cristiana y eclesial. Es innegable, sin embargo, una cierto cansancio en su actuación. Con frecuencia los organismos de participación son más bien marginales. Será necesario profundizar más el tema de la forma sinodal como dimensión esencial y basililar de la vida y la misión de la Iglesia. Esto comportará focalizar las dinámicas y los procesos comunicativos y de decisión en cada diócesis, en cada parroquia y también en cada “célula eclesial” incluida la vida presbiteral... En realidad, los lugares de comunión y decisión tendrían que ser más descubiertos y vividos como lugares de una presencia especial de Cristo resucitado y de su Espíritu y, por tanto, como lugares de discernimiento comunitario»<sup>11</sup>.

Las experiencias que se llevan a cabo donde ya se actúa un tal dinamismo de participación y discernimiento comunitario, apoyado sólidamente sobre la vida de la Palabra de Dios y la escucha común de Cristo presente en medio de los suyos, así como sobre el reconocimiento de los respectivos roles, y, por tanto, de la gracia específica del ministerio ordenado, evidenciando las nuevas energías que pueden desatar semejante modo de ser Iglesia.

## Conclusión

Pensando en las posibilidades que existen en cada una de las prospectivas evocadas, creo que podemos ser profundamente optimistas. Somos al mismo tiempo espectadores y protagonistas de una aventura apasionante.

Podemos, sin embargo, preguntarnos

aún: ¿cómo será posible todo esto? (cf. *Lc* 2, 34). Una respuesta a esta pregunta la encontramos en la sabia indicación que Juan Pablo II dio a la Iglesia, cuando, después del 2000, escribió que «*hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión*» era hoy la función más urgente para actuar los planes de Dios y responder a las expectativas más profundas de la humanidad. Antes de programar iniciativas concretas con este fin –precisó– “*es necesario promover una espiritualidad de la comunión como principio educativo*” y delineó sintéticamente algunos trazos de tal espiritualidad, para constatar después: «*No nos hagamos ilusiones: sin este camino espiritual, de poco servirían los instrumentos externos de la comunión. Resultarían aparatos sin alma, máscaras de comunión más que sus vías de expresión y de crecimiento*» (n. 43).

Todo parte de la vida del misterio pascual como ley y dinámica intrínseca de las relaciones eclesiales. Para que se pueda realizar cada vez más la comunión y, por consiguiente, la misión de la Iglesia, hay que seguir el ejemplo de Jesús el cual, siendo de condición divina, no reivindicó su derecho a ser tratado igual a Dios, sino que se despojó de sí mismo (*ekenosen*) y se hizo cargo de todo lo que es nuestra naturaleza humana. Esta es, según Pablo, la regla de la comunidad, la vía para llegar a ser “*unánimes y concordés*” (cf. *Fil* 2). Es necesario constantemente vaciarnos de nosotros mismos para “vivir el otro”, para hacer espacio en nosotros a los hermanos y vivir, por nuestra parte, transferidos en ellos.

<sup>1</sup> Benedicto XVI, *Discurso a los Obispos de Portugal*, Fátima, 13 mayo 2010.

<sup>2</sup> J. Ratzinger. Entrevista de noviembre 2001, ofrecida por Radio Vaticana el 20.4.2005. Cf. *Carta a los católicos de Irlanda*, en la que Benedicto XVI dice estar convencido de que «*en nuestra sociedad*

*cada vez más secularizada, en la que incluso los cristianos a menudo encontramos difícil hablar de la dimensión trascendente de nuestra existencia, tenemos necesidad de encontrar nuevos modos de transmitir a los jóvenes la belleza y la riqueza de la amistad con Jesucristo en la comunión de su Iglesia. Para afrontar la crisis presente... hace falta una nueva visión que inspire a la generación actual, y a las futuras, a atesorar el don de nuestra fe común*» (n. 12).

<sup>3</sup> Benedicto XVI, *Discurso a los Obispos de Portugal*, cit.

<sup>4</sup> Buenaventura, *Examerón* I, 4. Según K. Hemmerle se trata de la «*más audaz definición de la Iglesia*» que él haya conocido (*Partire dall'unità, La Trinità come stile di vita e forma di pensiero*, Roma 1998, p. 145)

<sup>5</sup> G. Greshake, *La fede nel Dio trinitario. Una chiave per comprendere*, Queriniana, Brescia 2007, p. 69.

<sup>6</sup> Agustín, *Sermones* 96, 7, 9, PL 38, 588.

<sup>7</sup> Juan Pablo II, *Novo millennio ineunte*, n. 43.

<sup>8</sup> Cf. mi artículo: *Cristo nel cuore della società*, en *Gen's* 39 (2009) 74-77. Benedicto XVI observó en su *Discurso a la Asamblea eclesial de la diócesis de Roma: «Esta articulación de las grandes parroquias urbanas a través de la multiplicación de pequeñas comunidades permite una actividad misionera más vasta, que tiene en cuenta la densidad de la población, su fisonomía social y cultural, a menudo notablemente diversa. Sería importante que este método pastoral tuviera una aplicación eficaz también en los lugares de trabajo, que hoy se deben evangelizar con una pastoral de ambiente bien pensada, pues por la notable movilidad social la población pasa en ellos gran parte de su jornada*» (26 mayo 2009).

<sup>9</sup> Juan Pablo II, *Vigilia de Pentecostés*, discurso del 30 mayo 1998. Tres días antes, en su mensaje al Congreso Mundial de los Movimientos, había afirmado igualmente: «*Ambas son co-esenciales a la constitución divina de la Iglesia fundada por Jesús, porque concurren juntas a hacer presente el misterio de Cristo y su obra salvífica en el mundo*» (27 mayo 1998). En el mismo congreso, el entonces card. Ratzinger, en su exposición sobre *Los Movimientos eclesiales y su situación teológica*, no había dudado al hablar de estos últimos como un aspecto de la sucesión apostólica de la Iglesia.

<sup>10</sup> Benedicto XVI, *Discurso a la Asamblea eclesial de la diócesis de Roma*, cit.

<sup>11</sup> P. Coda - B. Leahy, *Preti in una Chiesa che cambia*, Città Nuova, Roma 2010, pp. 126-127.

## Carismas, una luz en la Iglesia

*Marina Mota, h.n.j.*

*Si el amor es la forma de la Iglesia, los santos, a través de su humanidad, son la demostración más convincente.*

«**R**EFORMA es siempre una nueva ablatio». Así se expresaba el entonces card. Ratzinger en el Meeting de Rímimi de 1990, recurriendo a una imagen simbólica utilizada por san Buenaventura. El teólogo franciscano, utilizando el ejemplo del tallador de imágenes, considera la obra del escultor una ablatio que «consiste en eliminar, en quitar lo que no es auténtico. De esta manera, a través de la ablatio, emerge la nobilis forma, es decir, la figura preciosa. Así también el hombre, para que resplandezca en él la imagen de Dios, debe sobre todo y ante todo acoger la purificación, a través de la cual el escultor, es decir, Dios, lo libera de todas las escorias que oscurecen el aspecto auténtico de su ser, haciendo que parezca sólo como un bloque de piedra tosco, mientras no habita en él la forma divina. Si la entendemos adecuadamente, también podemos encontrar en esta imagen una indicación para la reforma eclesial... Semejante ablatio, semejante “teología negativa”, es un ca-

mino hacia una meta totalmente positiva. Sólo así lo Divino penetra, y sólo así surge una congregatio, una asamblea, una reunión, una purificación, esa comunidad pura a la que aspiramos: una comunidad en la que un ‘yo’ ya no está contra otro ‘yo’, un ‘sí’ contra otro ‘sí’»<sup>1</sup>.

«Nada en la Iglesia da más fruto y nada lleva una carga más reformadora que la presencia de auténticos santos y auténticos profetas»<sup>2</sup>.

En esta prospectiva podemos captar la fuerza innovadora de los carismas que, otorgados por Dios según las exigencias y necesidades de la Iglesia en los distintos momentos históricos, responden a los desafíos y a las instancias del tiempo.

Mirando la historia de la Iglesia, uno se siente inmediatamente impresionado por un dato: en los momentos más oscuros y dramáticos de su camino, el Espíritu Santo suscita hombres y mujeres que la empujan a renovarse, a volver a las fuentes, a reavivar el espíritu de los orígenes, a liberarse de lo

que puede ofuscar el resplendor de su rostro. Basta dirigir una mirada retrospectiva sobre la historia para descubrir a lo largo de los siglos esta evidencia. Cada carisma, iluminando un punto original de la voluntad de Dios para la Iglesia de ese determinado tiempo, manifestando un nuevo tipo de conformarse a Cristo y mostrando cómo debe ser vivido el Evangelio, inaugura un movimiento que renueva o anticipa la reforma eclesial convirtiéndose en «*una nueva interpretación de la Revelación*»<sup>3</sup>. Así ha sucedido con Benito, Francisco, Ignacio...

## San Benito

Con la intención de plasmar con alguna pincelada y de forma sintética un cuadro que ilustre cómo los carismas han contribuido a hacer a la Iglesia «*semper reformanda*», partimos del monaquismo benedictino que en los comienzos del primer milenio puso las bases para la evangelización y la construcción de Europa.

Después de la caída del Imperio romano, Europa conoció un fuerte sentido de desfallecimiento y de confusión: se derrumba toda seguridad social, se relativizan las certezas de la antigua cultura, la fuerza y la violencia se sobreponen al derecho. En esta complicada situación hay que colocar la figura de Benito de Nursia el cual, leyendo los signos de los tiempos, no se propone emprender propiamente un proyecto de reconstrucción, ni defender las instituciones y la cultura romana: vio que era «*necesario realizar el programa radical de la santidad evangélica... de una forma ordinaria, en las dimensiones de la vida cotidiana de todos los hombres*»<sup>4</sup>.

Volviendo a proponer el modelo de la Iglesia primitiva y volviendo a poner en práctica una vida común que presenta en su regla «*Escuela para el servicio del Señor*», Beni-

to construye con sus discípulos «*una ciudadela cristiana en la que reina el amor, la obediencia, la inocencia, la libertad de las cosas y el arte de usarlas rectamente, la primacía del espíritu y de la paz. En una palabra, el Evangelio*»<sup>5</sup>.

Era «*necesario realizar el programa radical de la santidad evangélica... de una forma ordinaria, en las dimensiones de la vida cotidiana de todos los hombres*»

De la mirada contemplativa del «*quaerere Deum*» (buscar a Dios) en cada realidad, nace el amor por las letras, la estima por el trabajo y un nuevo tipo de convivencia humana que testimonian, en un mundo de violencias y de luchas, el milagro de una fraternidad que desde fuera parece imposible: bajo el mismo techo viven personas de edad, culturas, razas, lenguas, mentalidades y clases tan diferentes que, por el contrario, se combaten y se matan en la vida social<sup>6</sup>. Con su regla, síntesis entre fe, cultura y trabajo, los monjes ofrecen un método y un testimonio de vida cristiana posible para todos los hombres, sembrando la semilla de una nueva civilización que integrará los valores cristianos con la herencia clásica, por una parte, y con las culturas germánica y eslava, por otra.

## Cluny

A lo largo del primer milenio el movimiento monástico conoce una evolución, un cambio que se adecúa al clima cultural del tiempo. Los siglos IX y X, siglos de anarquía, de fragmentación y de disolución del imperio carolingio, provocan la secularización de la Iglesia y su absorción en el sistema feudal. El monaquismo, sufrien-

do su influjo, experimenta un periodo de decadencia y de relajación. Es el momento más oscuro de la Iglesia medieval que precede no obstante al alba de un renacimiento religioso que envuelve a toda la cristiandad. En Francia, en Borgoña, surge en el año 910 el monasterio de Cluny que vuelve a la regla de Benito, pero dedicándose a la oración y a la liturgia, mientras que el trabajo, que había sido la causa de la acumulación de riquezas, es confiado a los conversos.

Cluny se convierte en un centro propulsor de vida, de oración y de santidad, gracias a la grandeza de sus abades y inevitablemente ejerce su influencia también más allá del monaquismo, sirviendo de indicador para una reforma del clero. Son fundamentales en este sentido las relaciones que la abadía, libre de ingerencias y del control del poder local, mantiene con los papas: de su dinamismo reformador germina en el siglo undécimo la reforma gregoriana que, emprendiendo la lucha por la libertad de la Iglesia, salva al papado de las influencias y de la obstrucción de las contiendas entre nobles romanos y de la mundanización. Hildebrando, futuro Gregorio VII, es un monje cluniacense

También en el seno de la Iglesia, hacia el final del siglo XI surgen movimientos que intentan volver al origen del Evangelio: se vuelve al eremitismo con san Romualdo, san Nilo, san Juan Gualberto que fundan eremos en lugares selváticos y aislados, lugares de oración y de ascesis (Camaldoli, Grottaferrata, Vallombrosa), bebiendo en los padres de la Iglesia. San Pedro Damiani, sucesor de Romualdo, transforma Camaldoli en centro propulsor de reforma y de teología. De este modo el eremitismo se abre camino en la Iglesia, aportando la penitencia y el impulso para la renovación de los clérigos.

### Cartujos y cistercienses

La reforma gregoriana había dado impulso y vigor a la Iglesia, estimulando entre otras cosas a los fieles a vivir el Evangelio. No obstante no había conseguido extirpar las causas que llevaban a muchos prelados a vivir un estilo de vida que ignoraba totalmente la responsabilidad de su ministerio y que se dedicaba exclusivamente a la realización de sus propios intereses. En este contexto atormentado y contradictorio, entre el anhelo por la autenticidad evangélica y el deseo desenfrenado de bienestar y del lujo creciente después del impacto con el Oriente a través de las cruzadas, nacen las órdenes de monjes y de canónigos que, para reaccionar ante un clima de relajación general, proponen con mayor pureza el ideal de la vida evangélica.

A comienzos del siglo XII se afirman las órdenes de los Cartujos y los Cistercienses que, situándose en zonas malsanas y pantanosas y, dedicándose al trabajo manual contemplado en la regla primitiva, vuelven a vivir la experiencia monástica con sencillez y pobreza evangélica. Durante el siglo XII las abadías se desarrollan en Europa de forma sorprendente: Bernardo de Claraval funda o reforma él solo sesenta y seis monasterios. Su figura es imponente. Durante su vida y también después de su muerte, Bernardo ejerce a través de la contemplación y la predicación una vasta y duradera influencia sobre la vida de la Iglesia. Fueron estos carismáticos los que, bajo el soplo del Espíritu Santo, hicieron nuevamente incandescente el núcleo de la fe.

### Francisco y Domingo

Junto a este despertar religioso, sin embargo, comienza a madurar una fuerza de oposición a la jerarquía a menudo corrupta

o indiferente a la vida del pueblo, fuerza que emerge en el siglo XII con los movimientos de pobreza. Algunos de ellos se separan de la Iglesia y abrazan una doctrina herética como los Cátaros; otros se ponen en una actitud de abierta contestación, reivindicando ser ellos la verdadera Iglesia, porque es fiel a la fisonomía de la comunidad primitiva.

En esta coyuntura el Espíritu Santo suscita las órdenes mendicantes de san Francisco y de santo Domingo que aportan, viviendo una adhesión total a Cristo y a la Iglesia, la frescura y la belleza del Evangelio observado “*sine glossa*”. Ninguno de los dos tenía la intención de fundar nuevas órdenes. El deseo que les mueve es sencillamente el de volver al Evangelio, renovar la Iglesia, levantar al nuevo pueblo a través de la opción por la pobreza y la predicación.

Inocencio III, que había intuido que a la base de los movimientos de pobreza había una sed de purificación y de renovación, reconoce la fuerza profética y evangélica de las dos órdenes, las aprueba y las anima a la predicación que los hermanos practican en las ciudades y en los campos, trasladándose de un pueblo a otro, yendo más allá de los confines de la cristiandad.

Asumiendo los valores y las inquietudes del monaquismo y de los movimientos espirituales precedentes, purificando y rectificando las formas erróneas de las herejías del momento, insertándose en las escuelas y en las universidades, y sobre todo viviendo y proponiendo la radicalidad del Evangelio de Jesús, las órdenes mendicantes contribuyeron a dar un fuerte impulso a la Iglesia y a la sociedad del Medioevo.

En el bajo Medioevo se sigue sintiendo la necesidad de una reforma y son múltiples los esfuerzos para llevarla a cabo, pero terminan por ser desatendidos e ignorados. La Iglesia experimenta un momento de fuerte oscuridad y turbación: es el periodo del Cis-

ma de Occidente, en el cual sin embargo no faltan figuras luminosas y carismáticas como Catalina de Siena o Brígida de Suecia, como tampoco disminuyen los esfuerzos de excelentes presbíteros o de hombres y mujeres comprometidos en renovar la piedad y hacerla más personal y más viva en el pueblo fiel.

## La Reforma

Nos encontramos en los años que van del 1400 al 1600. Son los años de la Reforma y de la Reforma católica, de las que ahora surgen los aspectos comunes, pues obtienen su savia de un pasado común. Jedin hace notar que existe una conexión con el periodo precedente: «*La falta de reforma de la Iglesia, el conciliarismo, el papel determinante que los Estados tuvieron en el Concilio de Basilea, la intromisión del papado en la política territorial italiana, son los presupuestos directos de la reforma, no menos que el surgir de la nueva cultura humanística y renacentista, no menos que las destabilizaciones económicas y sociales a lo largo de los siglos XIV y XV. También las raíces de la renovación católica del siglo XVI ahondan en este periodo. Sólo una línea une a S. Ignacio de Loyola con la Devoción Moderna: las reformas de las órdenes en el 1500 se unen en muchos aspectos a las del bajo Medioevo; la Reforma tridentina es en gran medida la actuación de los programas reformistas elaborados en el bajo Medioevo*»<sup>7</sup>.

El dinamismo reformador, madurado en el corazón de la edad renacentista y canalizado en las dos Reformas, se manifiesta en la Iglesia católica con una fecundidad creativa que genera un florecer increíble de nuevos santos, de líderes carismáticos que con fuerza contagiosa lanzan mensajes, reúnen en torno a ellos seguidores, dan vida a movimientos, asociaciones, confraternidades, obras caritativas y educativas, seminarios para la formación de los sacerdotes. En

1500, Italia y España son el campo en el cual florecen nuevas órdenes y se reforman familias antiguas que se pueden concretar en tres direcciones: una contemplativa (Teresa de Ávila), una cultural-social (Ignacio de Loyola), una apostólico-caritativa (Canónigos regulares).

La espiritualidad se hace más atenta al hombre, a su interioridad psicológica. Se desarrollan la psicología espiritual y el discernimiento de los espíritus. Teresa de Ávila escribe el *Castillo interior*, Ignacio de Loyola difunde los *Ejercicios espirituales*. Las obras de los dos santos nacen de la necesidad de una ascesis y de una purificación capaz de reactivar el clima general de decaimiento. Teresa anticipa la reforma de la vida monástica tridentina, mientras que Ignacio asume de modo propulsor e innovador los estímulos reformistas surgidos de la asamblea conciliar. Mientras en Ignacio el servicio a la Iglesia se concibe con total obediencia y absoluta desnudez hasta convertirlo en contemplación, en Teresa la vida contemplativa es en sí misma acción eclesial, una vida que expresa el misterio de la Iglesia, esposa de Cristo.

### Nuevos caminos de caridad

Estos carismas, junto con los movimientos nacidos en el tiempo de la pre-reforma y durante la Reforma católica, contribuyeron a renovar la Iglesia desde dentro, pero también a abrir nuevos caminos de evangelización y de caridad. La encarnación del Evangelio pasa a través de nuevas formas concretas de caridad organizada, sobre todo dirigida a los pobres y humildes. Los santos se sienten llamados a responder a las grandes necesidades sociales, enfermos que curar, muchachos que instruir, pobres que ayudar, etc. El Espíritu los lleva a dedicarse al servicio de la humanidad en todas sus miserias.

En Italia se asiste al desarrollo del Oratorio del Divino Amor, al que se adhieren muchos laicos y en el que maduran figuras de fundadores y fundadoras (Teatinos, Somascos, Ursulinas, Camilos, etc.), mucho antes de que la reforma protestante se manifestase. En el trasfondo de la Iglesia francesa del 1600, maltrecha por las guerras de religión, marcada por contradicciones y abusos de poder, resaltan figuras como Bérulle, Francisco de Sales, Vicente de Paul, por citar sólo algunos nombres, que contribuyen a hacer resplandecer la belleza del rostro de la Iglesia, a través de la evangelización y de la caridad. Las obras de estos fundadores anticipan reformas e instituciones que se realizarán sucesivamente y mantendrán vivo el cristianismo en un periodo, el del 1700, en el que se afirman el Iluminismo y la hostilidad contra la Iglesia que se manifestará de forma dramática durante la Revolución francesa.

En el contexto del siglo XVIII hay que recordar dos nombres que en un clima cultural adverso llevan a cabo a través de las misiones populares una pastoral más adecuada para llegar a la gente sencilla, muy descuidada y paganizante: Alfonso María de Liguorio y Pablo de la Cruz. También en la Iglesia protestante se asiste al resurgimiento de movimientos de reforma que se oponen a la irrupción de la incredulidad y del materialismo. Es notable el influjo del Pietismo que surge en Alemania (fundado por Philipp Jacob Spener) con el propósito de reformar la ortodoxia luterana, degradada por las especulaciones polémicas, reducida a costumbres exteriores en el culto y secularizada en la administración. El Pietismo influye de forma profunda y benéfica en el campo social, caritativo, misionero y artístico. También Inglaterra conoce un momento de resurgimiento y renacimiento a través del movimiento "Metodista", fundado por el anglicano J. Wesley. Proponiendo un mé-

todo de encuentro y de vida cristiana que contempla oración, lecturas edificantes, ayunos, obras de caridad, Wesley favorece la renovación de la fe y de la piedad popular con efectos positivos de resurgimiento en todo el mundo protestante.

Al comienzo del siglo XIX emprende en todos los campos una obra de reconstrucción: prevalece el interés de los espirituales y de los fundadores del siglo por la vida activa más que por la contemplativa. «*Dejar a Dios por Dios*» es la frase recurrente entre los miembros de las asociaciones y los sacerdotes que revalorizan el ideal del buen pastor de almas. Si por una parte se considera a este siglo como un periodo de decadencia religiosa y de creciente proceso de descristianización, por otra parte se revela como un tiempo de fermento espiritual y misionero.

En un contexto que cambia socialmente, caracterizado por la presencia de un pueblo golpeado por la pobreza y por la deshumanización que impone la industrialización salvaje, emergen experiencias carismáticas capaces de asumir las necesidades y los desafíos del tiempo, tanto en el campo educativo como en el campo social y asistencial. Surgen múltiples congregaciones, instituciones religiosas, sobre todo femeninas, que traducen la dimensión caritativa de la Iglesia, en un clima marcado por el repliegue y el desánimo dentro de la misma Iglesia. Los ambientes malsanos y de peor fama, las clases más despreciadas y abandonadas, las edades y las condiciones más expuestas a los peligros morales se convierten en objeto de los cuidados de los grandes apóstoles de la caridad. Magdalena de Canosa, Juan Bosco, Cottolengo, Cabrini, por citar a alguno. Todo el siglo XIX está sembrado por la acción escondida y tenaz de muchísimas mujeres y hombres que testimonian en el mundo el rostro amable y caritativo de la Iglesia.

## Los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades

Como en otros momentos de la historia de la Iglesia, junto a los acontecimientos que han marcado el siglo XX (las grandes guerras, los totalitarismos, la secularización, el inicio del proceso de ese siglo recuerda el desarrollo del laicado, el nacimiento de institutos seculares, el surgir de grupos que, como un nuevo pentecostés, florecen y dan nuevos frutos de renovación. Particularmente novedosos son los movimientos eclesiales que, nacidos antes o inmediatamente después del Concilio Vaticano II, constituyen por su originalidad y pluralidad una propuesta de santidad abierta a toda la Iglesia como pueblo de Dios en camino.

*«La comunión que los consagrados y consagradas están llamados a vivir va más allá de la familia religiosa o del propio Instituto... Es la necesidad de ser Iglesia, de vivir juntos la aventura del Espíritu y del seguimiento de Cristo, de comunicar las experiencias del Evangelio».*

Frente al desafío de la post-modernidad y de la globalización se hace urgente un retorno a la experiencia originaria del Evangelio de Jesús crucificado y resucitado, capaz de hacer presente la levadura del Reino de Dios en los lugares y ambientes donde el hombre habita: el cultural, económico, político, artístico... Von Balthasar, hablando de los movimientos, dice que parece que el Espíritu les ha confiado a ellos la función (aunque no de modo exclusivo) de aplicar el programa conciliar de la llamada universal a la santidad, teniendo en cuenta la presencia de los laicos y de su apostolado en el mundo (LG 4) <sup>8</sup>.

La apertura de los movimientos a todas las vocaciones y a todos los estados de vida cristiana y la comunión sentida como exigencia y experiencia eclesial, subrayan la idéntica dignidad bautismal y la complementariedad de las diversas vocaciones, de los diversos ministerios y de los distintos carismas. Juan Pablo II dice que «*lo que el Espíritu ha iluminado en el Concilio, lo ha expresado en este don en la vida de la Iglesia*»<sup>9</sup>, y en esta perspectiva «*los movimientos pueden constituir (junto a los religiosos llamados a ser 'expertos en comunión') escuelas de eclesiología y de comunión*»<sup>10</sup>.

En el documento *Caminar desde Cristo* resulta sugerente este pasaje: «*La comunión que los consagrados y consagradas están llamados a vivir va más allá de la familia religiosa o del propio Instituto... Es la necesidad de ser Iglesia, de vivir juntos la aventura del Espíritu y del seguimiento de Cristo, de comunicar las experiencias del Evangelio, aprendiendo a amar la comunidad y la familia religiosa del otro como la propia... Los antiguos Institutos, muchos de los cuales han pasado en el transcurso de los siglos por el crisol de pruebas durísimas que han afrontado con fortaleza, pueden enriquecerse entablando un diálogo e intercambiando sus dones con las fundaciones que ven la luz en nuestro tiempo. Del encuentro y de la comunión con los carismas de los movimientos eclesiales puede nacer un recíproco enriquecimiento. Los movimientos pueden ofrecer a menudo un ejemplo de frescura evangélica y carismática, así como un impulso generoso y creativo a la evangelización. Por su parte los movimientos, así como las formas nuevas de vida evangélica, pueden aprender mucho del testimonio gozoso, fiel y carismático de la vida consagrada, que guarda un riquísimo patrimonio espiritual, múltiples tesoros de sabiduría y de experiencia y una gran variedad de formas de apostolado y de compromiso misionero*» (n. 30).

¿No será este el desafío del nuevo milenio que la vida consagrada está llamada a acoger? ¿Dar, a través de la comunión de los ca-

rismas, al Resucitado presente en la comunidad, a Jesús? Los carismas, encarnados y vividos en la unidad, pueden ser profecía de una humanidad nueva, de una civilización del amor a la que toda la humanidad está llamada. Sin duda es sugerente la invitación que V. Balthasar dirige a los movimientos y a toda la Iglesia, mirar a María como «*el molde conforme al cual debemos ser modelados. Nosotros, es decir, cada cristiano; pero quizá todavía más: la misma imagen que nosotros tenemos de la Iglesia. Estamos continuamente comprometidos a reformar y a adecuar esta Iglesia a las necesidades de los tiempos, evitando las críticas de los adversarios y según nuestros esquemas. ¿Pero no perdemos así de vista el único modelo perfecto la medida, y precisamente el prototipo? ¿No deberíamos, en nuestras reformas, tener fija la mirada en María... simplemente para aprender a entender qué es la Iglesia, y a discernir el auténtico espíritu eclesial?*»<sup>11</sup>.

<sup>1</sup> J. Ratzinger, *La Iglesia: una sociedad siempre reformanda*, intervención en el Meeting de Rimini del 1990.

<sup>2</sup> H.U. von Balthasar, *La verità è sinfónica*, Jaca Book, Milano 1974, p. 84.

<sup>3</sup> Id., *Sorele nello Spirito. Teresa di Lisieux e Elisabetta di Digione*, Jaca Book, Milano 1974, pp. 20-21.

<sup>4</sup> Juan Pablo II, *Homilía con ocasión de la visita pastoral a Casia y a Nursia*, 23 marzo 1980.

<sup>5</sup> Pablo VI, *Homilía para la proclamación de San Benito como Patrón de Europa*, 24 octubre 1964.

<sup>6</sup> G. Falco, *La santa romana repubblica*, Ricciardi, Milano-Napoli 1973, p. 95.

<sup>7</sup> H. Jedin, *Historia de la Iglesia*, V/1, Herder, Barcelona 1999, p. XXXVI.

<sup>8</sup> Cf. P. Coda, *I movimenti ecclesiali, dono dello Spirito*, en *Atti Congresso Mondiale dei Movimenti ecclesiali*, Roma 27-29 maggio 1998, Città del Vaticano, 1999, p. 93..

<sup>9</sup> J. Beyer, *I movimenti ecclesiali*, en *Vita consacrata* 23 (1987) 156.

<sup>10</sup> P. Coda, *o.c.*, p. 96.

<sup>11</sup> H.U. von Balthasar, *María en la doctrina y en el culto de la Iglesia*, en J. Ratzinger - H.U. von Balthasar, *María, Iglesia naciente*, Ed. Encuentro, Madrid 1990.

# Antonio Rosmini: evangelizar la Iglesia

*Mauro Mantovani, s.d.b.*

*El beato A. Rosmini, teólogo, filósofo y fundador del Instituto de la Caridad, es una de las figuras más grandes del catolicismo italiano del siglo XIX. Espíritu extraordinariamente rico en cualidades, con una mirada universal y una mente potente, es autor de una grande y variada cantidad de obras, muy contestadas en su tiempo, bajo la acusación de proponer doctrinas contrarias a la fe y a la moral. Fue beatificado el 18 de noviembre de 2007. Fue un predecesor del Concilio Vaticano II en algunas de sus intuiciones. Durante estos años amplios y numerosos estudios sobre la doctrina rosminiana, los cuales han demostrado su sintonía con la fe católica. Además, algunas de sus afirmaciones, por ejemplo a propósito de la "reforma" de la Iglesia, resultan de una actualidad sorprendente.*

**A**UNQUE es imposible resumir en pocas páginas lo que fue esta gran y compleja figura del catolicismo del siglo XIX, me parece, sin embargo, que puede ser interesante poner aquí de relieve algunos aspectos más actuales de la figura de A. Rosmini (1797-1855) <sup>1</sup>. De modo particular su amor ardiente por la Iglesia, que fue lo que le llevó a publicar en 1848 el conocido volumen *De las cinco llagas de la santa Iglesia*, gran exposición sobre los peligros que amenazaban la unidad y la libertad de la Iglesia, denunciando con valentía esas "llagas" e indicando con lucidez los remedios oportunos.

Definido por A. Manzoni como «una de

las cinco o seis mentes más grandes que la humanidad ha dado a lo largo de los siglos», Rosmini fue en su tiempo un "profeta incómodo", y sólo recientemente ha sido redescubierto y revalorizado por parte de la Iglesia, sobre todo a partir de 1994, fecha en que fue autorizada oficialmente la apertura de su causa de beatificación, concluida en 2007. El papa Juan Pablo II dio su aportación a la rehabilitación completa de su figura al mencionar a Rosmini en el encíclica *Fides et ratio* (1998) entre los pensadores recientes en los que se manifiesta una «*secunda relación entre filosofía y palabra de Dios*», hasta el punto de poder ser propuesto como un ejemplo significativo «*de un camino de búsqueda filosófica*

que ha aportado importantes beneficios de la confrontación con los datos de la fe»<sup>2</sup>.

«Ha llegado el momento en que Rosmini puede convertirse en un testigo particularmente válido dentro de la modernidad. Es difícil encontrar otro más grande que él entre los filósofos y los autores de la época moderna. Dicen que es el santo Tomás de los últimos siglos. Será necesario en todo caso un conocimiento más a fondo de sus escritos y encontrar en ellos lo que va más allá de su tiempo. No se debe olvidar que se dedicó a ello por obediencia al Papa Pío VIII»<sup>3</sup>.

Por último, en el *Angelus* del domingo 18 de noviembre de 2007, que era el día de su beatificación, el papa Benedicto XVI dijo lo siguiente: «Esta tarde será beatificado en Novara el venerable siervo de Dios Antonio Rosmini, un gran sacerdote e ilustre hombre de cultura, animado por un ferviente amor a Dios y a la Iglesia. Testimonió la virtud de la caridad en todas sus dimensiones y en un nivel elevado, pero es conocido sobre todo por su generoso compromiso en favor de lo que él llamaba "caridad intelectual", es decir, la reconciliación de la razón con la fe. Que su ejemplo ayude a la Iglesia, especialmente a las comunidades eclesiales italianas, a crecer en la certeza de que la luz de la razón humana y la de la gracia, cuando caminan juntas, se transforman en manantial de bendición para la persona humana y para la sociedad»<sup>4</sup>.

Además de ser la fecha de su beatificación, el 18 de noviembre también recuerda el día en que el religioso de Rovereto inició la redacción de la obra citada anteriormente, considerada como precursora de varios temas conciliares, y obviamente una de las más controvertidas y discutidas. Por la novedad de algunas de sus ideas sobre la reforma de la Iglesia, la obra de Rosmini fue incluida, de hecho, en el Índice en 1849, con una gran polémica.

### El amor a la "Iglesia-Esposa"

Consciente de la radical novedad que

aporta el cristianismo al tema de la búsqueda y descubrimiento de la verdad, y del orden y unidad con que une todas las cosas, «*máximamente simple, esencialmente uno, el principio de la unidad de todas las cosas*»<sup>5</sup>, Rosmini estaba convencido de que en las "entrañas" de la revelación cristiana es precisamente donde «*se encierra una filosofía llena de luces y de perspectivas para el entendimiento, por su origen divino y porque conduce de nuevo a Dios*»<sup>6</sup>.

Por eso nuestro autor se dedicó continuamente e intensamente a un trabajo intelectual con el fin de dar a conocer el Evangelio y la Sabiduría que hay en él con un espíritu especialmente sensible al gran problema de la armonía entre fe y razón. A este propósito, como reconoce Juan Pablo II, Rosmini «*estuvo atento a los pensadores más acreditados en su época —entonces, como ahora, se hablaba de una nueva época de la historia y del pensamiento— para encontrar los modos cada vez más aptos de comunicar la doctrina cristiana a los hombres, especialmente al mundo de la cultura y el saber, favoreciendo una conveniente puesta al día del lenguaje y el diálogo*»<sup>7</sup>.

Todo esto encuentra su cauce de expresión más adecuado en la *meditación eclesiológica* de Rosmini<sup>8</sup>, que une a su reflexión sobre el misterio pascual entendido en su plenitud: «*Mientras que en la Teodicea la Iglesia de Jesucristo aparece en su dimensión gloriosa, junto y en continuidad con su Señor Jesucristo, en las Cinco Llagas se pone en cambio el acento en todo lo que impide a la Iglesia ser la Esposa de Cristo, en lo que hace el camino más lento y más difícil su testimonio en la historia... Si una atenta lectura de la Teodicea permite afirmar que dicha obra es una profunda meditación sobre la Iglesia Esposa destinada a la gloria, es en las Cinco Llagas, sin embargo, en donde se encuentra una apasionada y sincera presentación del amor de Rosmini por la Iglesia crucificada como su Señor. Y como la 'pietas' hacia el Crucifijo lo lleva a 'llorar la divina Pasión', asimismo las lla-*

gas que desfiguran el cuerpo de la Iglesia provocan su com-pasión respecto de la Esposa»<sup>9</sup>.

Cuando escribe las *Cinco llagas*, entre finales del 1832 y principios del 1833, casi tiene treinta y seis años, y esta obra (cuyo manuscrito fue arrinconado y publicado finalmente sólo después de más de quince años) se sitúa «en aquel momento del camino humano de Rosmini en el que ha alcanzado su madurez tanto la vocación intelectual del estudioso como su carisma religioso de fundador. Esto parece suficiente para explicar la génesis profunda de la obra, sin querer con ello minusvalorar otras razones más inmediatas que le puedan haber llevado a escribirla: ciertamente, entre otras, los obstáculos impuestos por las autoridades políticas, y consiguientemente también las religiosas, a su intento de abrir en Trento una casa del Instituto de la Caridad»<sup>10</sup>.

## Las cinco llagas

¿Cuáles son, en concreto, las “cinco llagas”? La obra ofrece largos análisis de cada una de las llagas consideradas en particular, pero estableciendo una estrecha relación entre las mismas, de tal manera que la anterior encuentra su explicación en la siguiente, hasta llegar a lo última, que en opinión de nuestro autor, es el origen primero de todos los males. Las llagas examinadas son cinco, como las de Nuestro Señor Jesucristo, que están relacionadas con diferentes partes del cuerpo de la «Iglesia-Esposa».

La primera llaga, que hizo sufrir mucho a Rosmini, sería la de la *separación entre fieles y clero* durante las funciones litúrgicas, dada la imposibilidad de los primeros de seguir unas oraciones hechas en latín, por lo que nuestro autor lanzó la idea de decirlas en las lenguas propias de cada pueblo. Para él había llegado el tiempo de utilizar la lengua vulgar en la liturgia, para evitar la lejanía de los laicos en la misma.

La segunda llaga sería la de la *insuficiente*

*educación del clero*. Él piensa que es un mal ya antiguo, poniendo de relieve que los sacerdotes tienen un escaso alimento cultural y espiritual, y les falta el “manjar sólido” del estudio de la Escritura y de los Santos Padres, además de la falta de conocimiento de otras ciencias humanas.

La tercera llaga, la indicada como la “del costado”, sería la *desunión de los obispos*. Partiendo de un análisis histórico, afirma que desde el momento en que la Iglesia tuvo que suplir el vacío de poder civil causado por el desmoronamiento del Imperio romano, los obispos se habían convertido en la práctica –debido a diferentes vicisitudes históricas– en señores feudales, preocupados por adquirir cada vez más poder tanto económico como político, hasta llegar a divisiones y luchas entre ellos, siendo así que más bien deberían ser los primeros testigos y los garantes de la comunión eclesial.

*«El cristiano puede dudar acerca de las cosas concretas, si Dios quiere hacerle instrumento de su gloria de un modo o de otro; pero por lo que respecta a toda la Iglesia de Jesucristo, no puede dudar, porque es seguro que ella ha sido establecida como el gran instrumento y el gran medio por el que Él ha de ser glorificado ante todas las criaturas inteligentes».*

La cuarta llaga, unida estrechamente a la anterior, se refiere a *dejar en manos del poder secular el nombramiento de los obispos*. «Este hecho –explica C. Salvetti, comentando el texto rosminiano– *si bien otorga a la Iglesia poder y prestigio, le quita la cosa más valiosa, la libertad evangélica, y la hace aparecer ante los ojos de los pueblos como aliada de la política represiva de los Estados. Para que los Obispos puedan volver a su específica vocación pastoral es necesario que su designación vuelva a estar en manos del Papa y*

del pueblo cristiano: *‘la Iglesia que elige al propio Pastor tiene solo un interés, el de las almas; el príncipe mira otros intereses’*»<sup>11</sup>.

La quinta llaga dice relación a *la servidumbre de los bienes eclesiásticos*. «Respecto de este delicado e importante aspecto de la vida eclesial –escribe Salvetti– Rosmini hace observaciones de una gran lucidez y sugiere algunas cosas con una gran amplitud de miras. Inspirándose en la práctica de la Iglesia primitiva, propone que en la adquisición y en la gestión de los bienes se apliquen de nuevo los ‘antiguos principios’ de espontaneidad en las donaciones, de gestión ‘democrática’, de transparencia y vigilancia en los controles, de justicia en la distribución»<sup>12</sup>.

En Rosmini la dimensión espiritual y ascética alimenta e ilumina constantemente la reflexión teológica; por eso –como ya había escrito en la segunda de sus seis Máximas de perfección cristiana–, siempre quiso orientar todos sus pensamientos y todas sus acciones «para el incremento y gloria de la Iglesia y de Jesucristo»<sup>13</sup>. Para nuestro autor «el cristiano puede dudar acerca de las cosas concretas, si Dios quiere hacerle instrumento de su gloria de un modo o de otro; pero por lo que respecta a toda la Iglesia de Jesucristo, no puede dudar, porque es seguro que ella ha sido establecida como el gran instrumento y el gran medio por el que Él ha de ser glorificado ante todas las criaturas inteligentes»<sup>14</sup>.

### Las “anticipaciones rosminianas” y su actualidad

La expresión “anticipaciones rosminianas” la pronunció Mons. C. Riva en 1983 con motivo del XVIIº Curso de la ‘Cátedra Rosmini’, en una introducción titulada *La eclesiología rosminiana y las enseñanzas del Vaticano II*; destacando precisamente la íntima relación y sintonía que existe entre la eclesiología de Rosmini y las enseñanzas del Concilio Vaticano II. Además de proporcionar anticipaciones proféticas, podría de-

cirse que el pensador de Rovereto nos dejó algunos verdaderos y precisos “principios doctrinales”.

No en vano ha sido señalado recientemente como «un modelo para el hombre del tercer milenio», por haber puesto de relieve el valor de la razón para alcanzar la verdad: «el valor de la razón –escribe A.M. Tripodi a propósito de nuestro autor–, vista como un pensar elevado, permite a la fe poner de relieve los motivos del propio darse, conocer su objeto propio, prevenir y rechazar visiones equivocadas, comunicarse a sí misma. Lleva consigo una aceptación inteligente y consciente de los datos de Sagrada Escritura, la Tradición y la Revelación, que es esencial para la evangelización de la cultura y la inculturación de la fe, y para prevenir la tentación de hacer de Dios el gran Ausente de la cultura y de la conciencia de los pueblos»<sup>15</sup>.

Él nos transmite sobre todo un gran amor, intensamente filial, a la Iglesia: «Rosmini no se ha situado frente a la Iglesia para juzgarla desde lo alto del propio profetismo; más bien se ha puesto junto y dentro de la Iglesia para detectar con mayor realismo sus males, formular con mayor precisión un diagnóstico, y sugerir, a la luz de la vida misma de la Iglesia, la terapia apropiada»<sup>16</sup>.

En sus reflexiones se refiere continuamente a los orígenes históricos del cristianismo y a la entera historia de la Iglesia; no para refugiarse en la nostalgia o para idealizar algunas figuras, hechos o instituciones, sino más bien porque era consciente de que «la naturaleza de cualquier fenómeno puede ser comprendida mejor si se tiene en cuenta sus orígenes, y que esto vale también para el fenómeno –ciertamente del todo sui generis– del acontecimiento cristiano. Hay una vuelta a los orígenes a la que la Iglesia está llamada continuamente, hay una reforma que no puede ser eludida y que consiste precisamente en un continuo volver a la forma originaria, dentro de los inevitables cambios de la misma, debidos a las diferentes circunstancias históricas»<sup>17</sup>. Estas indicaciones son

de una gran actualidad también hoy, por ejemplo en relación al tema de la fidelidad creativa por lo que respecta a la llamada “vuelta” a los fundadores como compromiso de las congregaciones religiosas en este tiempo del postconcilio.

La meditación rosminiana sobre la Iglesia y sobre su presencia en la historia tiene todas las características de algo que es muy interesante, porque las *Cinco llagas* no son sólo una reflexión escrita por un simple, aunque muy apasionado, reformador, sino el ejemplo de una ardiente “pasión” por la Iglesia-Esposa, cuerpo “total”, que en Rosmini se ha expresado con un celo sapiencial lleno de la convicción profunda de *«que el Cristo, del que la Iglesia es la Esposa, es el Cordeiro en pie sobre el monte Sión del que habla el Apocalipsis (14,1). Y por lo tanto, como la Cruz de Cristo ha sido iluminada por la luz de su Resurrección, así también la historia atormentada y llagada de la Iglesia puede conocer la misma reconstitución, y la Iglesia misma volver a parecerse a su Esposo, Maestro y Juez»*<sup>18</sup>.

Con su obra sobre las *Cinco llagas*, *«no sólo pone, como se suele decir, ‘el dedo en la llaga’, al igual que el cirujano que va directamente a donde está la raíz de cada mal, sino que además, consciente que la verdadera terapia reside en la curación de todo el organismo, nos ofrece la propuesta de una decidida y radical reforma de la Iglesia. Reforma necesaria que consistiría en una vuelta de la Iglesia a su misión evangelizadora, o sea, en una vuelta a los orígenes, porque ‘la Iglesia primitiva fue pobre, pero libre’. La libertad y la pobreza permitirían de nuevo, a los pastores y al clero, prestar atención a la fe, de manera que todo el pueblo de Dios pueda nutrirse de la Palabra y del Sacramento. En esto la obra de Rosmini puede seguir iluminando todavía la conciencia de los cristianos y su presencia en este mundo»*<sup>19</sup>.

El sacerdote roveretano, pues, se presenta como una figura actual y significativa, que ofrece hoy, a quien se acerca a él, el frescor de una llamada a volver a la esencia propia

del cristianismo, a la apelación renovada y apasionada en torno a la necesidad de tomarse en serio de forma radical, en estos tiempos de “retos educativos”, la educación en la fe, que ha de llevarse a cabo teniendo en cuenta, por una parte, la calidad de la catequesis, y, por otra, la presencia de auténticos maestros y testigos de la fe.

*«La cuestión que sigue siendo de plena actualidad –y que más bien en nuestro mundo ‘descristianizado’ se ha aguzado más allá de todas las previsiones del mismo Rosmini– es precisamente la que él consideraba fundamental ya en su tiempo y que en las Cinco llagas se expone con gran lucidez: que el cristianismo pueda ser presentado en su auténtica naturaleza, es decir, como un acontecimiento de salvación vivo y presente, y, por tanto, capaz de movilizar la entera vida del hombre».*

Así E. Botto comenta la acogida actual de las aportaciones rosminianas y de la herencia que nos ha dejado: *«Es bastante fácil comprobar cómo la Iglesia del Vaticano II ha acogido ampliamente las denuncias y las propuestas de las Cinco llagas, incluidas las que suscitaron más perplejidad en su tiempo; a veces acogéndolas más allá incluso de los límites que Rosmini mismo se había impuesto (como en el caso del empleo de la lengua vulgar en la liturgia), y en otros casos sencillamente reconociendo su valor, aunque sin seguir al pie de la letra todos sus planteamientos (como en el caso del nombramiento de los Obispos por parte del clero y de los fieles, con la posterior confirmación pontificia, algo de lo que el nuevo Código de Derecho Canónico parece confirmar su legitimidad). La cuestión que sigue siendo de plena actualidad –y que más bien en nuestro mundo ‘descristianizado’ se ha aguzado más allá de todas las previsio-*

nes del mismo Rosmini— es precisamente la que él consideraba fundamental ya en su tiempo y que en las Cinco llagas se expone con gran lucidez: que el cristianismo pueda ser presentado en su auténtica naturaleza, es decir, como un acontecimiento de salvación vivo y presente, y, por tanto, capaz de movilizar la entera vida del hombre»<sup>20</sup>.

La eclesiología de comunión, que la Iglesia ha desarrollado explícitamente en el período postconciliar, si se logra encarnar como camino de una constante evangelización, y/o como reevangelización de cada uno de sus miembros y de sus estructuras, puede constituir verdaderamente el modelo adecuado a seguir, dado que tiene su “matriz” en la misma vida trinitaria de la que deriva, y puede responder a aquellas exigencias que tan vital y apasionadamente Rosmini supo vislumbrar e indicar proféticamente a la Iglesia de su tiempo.

<sup>1</sup> Cf. M. de Paoli, *Antonio Rosmini. Maestro e profeta*, Paoline, Cinisello Balsamo 2007; *Pensieri e parole di Antonio Rosmini*, O. Cavallo, Roma, Paoline, 2007.

<sup>2</sup> Juan Pablo II, *Fides et ratio*, 74.

<sup>3</sup> Mons. R. Corti, obispo de Novara, cit. en *Charitas* 6 (2004) 163.

<sup>4</sup> Benedicto XVI, *Angelus*, 18 novembre 2007.

<sup>5</sup> A. Rosmini, *Nuovo saggio sull'ordine delle idee*, Tip. di P. Bertolotti, Intra 1875-1876, vol. II, p. 678, n. 1475.

<sup>6</sup> A. Rosmini, *Lettera a Michele Parma, 30 gennaio 1831*, en Id., *Epistolario Completo di Antonio Rosmini-Serbati prete roveretano*, G. Pane, Casale Monferrato 1887, vol. III, p. 611.

<sup>7</sup> Juan Pablo II, *Discurso a los padres capitulares del Instituto de la Caridad* (10 noviembre 1988), en *L'Osservatore Romano* (11 noviembre 1988), p. 5.

<sup>8</sup> Cf. C. Riva, *La “caritas” sorgente dell'ordinamento della Chiesa in Rosmini*, D'Auria, Napoli 1973.

<sup>9</sup> N. Galantino, *Saggio introduttivo*, en A. Rosmini, *Delle cinque piaghe della santa Chiesa*, San Paolo, Cinisello Balsamo 1997, pp. 24-25.

<sup>10</sup> E. Botto, *Introduzione*, en A. Rosmini, *Delle Cinque Piaghe della Santa Chiesa*, Fabbri Editori, Milano 1996, p. VIII.

<sup>11</sup> C. Salvetti, *Antonio Rosmini. Delle cinque piaghe della Santa Chiesa* (breve fascículo de presentación).

<sup>12</sup> *Ibid.*

<sup>13</sup> A. Rosmini, *Massime di perfezione cristiana*, Città Nuova, Roma 1976, p. 41.

<sup>14</sup> *Ibid.*

<sup>15</sup> A.M. Tripodi, *Rosmini. La forza della verità*, EICIG, Genova 2005, p. 241.

<sup>16</sup> N. Galantino, *o. c.*, p. 26.

<sup>17</sup> E. Botto, *o. c.*, p. X.

<sup>18</sup> N. Galantino, *o. c.*, pp. 26-27.

<sup>19</sup> C. Salvetti, *o. c.*

<sup>20</sup> E. Botto, *o. c.*, p. XVI.

**«En el desarrollo histórico de la Iglesia se manifiesta, sin embargo, también una tendencia contraria, es decir, la de una Iglesia satisfecha de sí misma, que se acomoda en este mundo, es autosuficiente y se adapta a los criterios del mundo. Así, no es raro que dé mayor importancia a la organización y a la institucionalización, que no a su llamada de estar abierta a Dios y a abrir el mundo hacia el prójimo.**

**Para corresponder a su verdadera tarea, la Iglesia debe hacer una y otra vez el esfuerzo de desprenderse de esta secularización suya y volver a estar de nuevo abierta a Dios. Con esto sigue las palabras de Jesús: “No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo” (Jn 17,16), y es precisamente así como Él se entrega al mundo. En cierto sentido, la historia viene en ayuda de la Iglesia a través de distintas épocas de secularización que han contribuido en modo esencial a su purificación y reforma interior».**

**Benedicto XVI, Discurso en Friburgo (Alemania), 25 septiembre 2011)**

# Movimiento parroquial, una comunidad pascual

*Adolfo Raggio*

*El Movimiento parroquial es una realidad nacida en el seno del Movimiento de los Focolares, fruto del encuentro entre la espiritualidad de la unidad y la Iglesia local, a partir de sus organismos más pequeños, de esas células vivas que son las parroquias.*

**L**A experiencia del Movimiento parroquial hay que entenderla dentro del amplio contexto formado en estos tiempos por la presencia simultánea en la Iglesia local de instituciones jurídicas territoriales, como las parroquias y las diócesis, y de nuevas formas asociativas como los nuevos movimientos y comunidades eclesiales <sup>1</sup>.

### Parroquia y Movimientos

En varios documentos recientes del Magisterio se insiste en un relanzamiento de la parroquia, acentuando su momento actual de incertidumbre y de búsqueda, pero también subrayando su necesidad como lugar esencial de la presencia eclesial en un determinado territorio y, por tanto, como célula fundamental de la Iglesia. Al mismo tiempo, no se puede negar que la crisis existe, no obstante los diversos intentos pastorales encaminados a su renovación.

Por otra parte, los movimientos, definidos como «*nuevas irrupciones del Espíritu Santo*» <sup>2</sup> en la Iglesia, se están desarrollando con un vigor y una vivacidad evidentes, llegando a implicar a un amplio estrato de la población al que a menudo la parroquia no logra alcanzar, pero que también a veces parece que restan espacio y fuerza a la parroquia.

La relación entre estas dos realidades no puede ser dialéctica sino complementaria y se ha de vivirse en sintonía y sinergia: «*Ambas son co-esenciales a la constitución divina de la Iglesia fundada por Jesús, porque concurren juntas a hacer presente el misterio de Cristo y su obra salvífica en el mundo*» <sup>3</sup>.

Benedicto XVI, en su primer encuentro con el clero de la diócesis de Roma, recordó la «*fecunda unión que se creó durante el pontificado del papa Juan Pablo II, entre el elemento constante de la estructura parroquial y el elemento –digamos– “carismático”, que ofrece nuevas*

*iniciativas, nuevas inspiraciones, nuevas animaciones». E invitó a los párrocos a ser “responsables del crecimiento de la parroquia, asumiendo todos los elementos que pueden venir de los movimientos y de la realidad viva de la Iglesia en diversas dimensiones»*<sup>4</sup>.

Sobre esta base, y en una interacción consecuente, se coloca la experiencia del Movimiento parroquial.

### Una espiritualidad de comunión para la parroquia

El inicio del Movimiento parroquial fue sencillo y espontáneo. Muchos párrocos, al entrar en contacto con el Movimiento de los Focolares, se dieron cuenta que la espiritualidad de la unidad podía dar un nuevo impulso y un rostro más vivo a sus comunidades parroquiales, ayudándolas a ser más Iglesia-comunión.

En este propósito fueron animados por Pablo VI, el cual, dirigiéndose a ellos durante una audiencia en 1966, los invitó a llevar el espíritu de la unidad a sus comunidades. Aquel mismo año, Chiara Lubich, que sentía fuertemente la pasión por la Iglesia, invitó a los párrocos adherentes al Movimiento a participar junto con sus parroquianos en una reunión en Centro Mariápolis de Rocca di Papa (Roma). Acudió un gran número de diversas partes, quedando entusiasmados con la vida evangélica y el espíritu de unidad que experimentaron. La noticia se fue difundiendo y los encuentros de parroquias se fueron multiplicando. Nació así una nueva expresión de los Focolares: el Movimiento parroquial.

Con el Movimiento parroquial se quiere reavivar la vida de la comunidad parroquial, testimoniando e irradiando la espiritualidad de la unidad y concurriendo a «*hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión*», en sintonía con lo que escribió Juan Pablo II: «*Antes de programar iniciativas con-*

*cretas, hace falta promover una espiritualidad de comunión*» (NMI 43).

La espiritualidad del Movimiento de los Focolares es esencialmente una espiritualidad de comunión; una espiritualidad que mira al hermano como camino para llegar a Dios (cf. *1 Jn* 4, 20-21) y que pone como base el amor recíproco vivido hasta poder merecer la unidad pedida por Jesús al Padre. En Jesús abandonado en la cruz, que, en soledad y sufrimiento insondable, continuó amando y creandado la unidad de los hombres con Dios y entre ellos, está el modelo sublime de quien quiere construir la comunión.

La primera aportación que el Movimiento parroquial quiere ofrecer a la parroquia es irradiar este espíritu en las comunidades parroquiales. Pero nadie puede dar lo que no tiene. Para esto, los miembros que forman parte de él se alimentan ante todo de la espiritualidad del Movimiento de los Focolares, participan en su vida y en los encuentros de formación que propone, para ser ellos los primeros que hacen una experiencia concreta de comunión con las exigencias y los pasos que comporta. Al mismo tiempo, según sus posibilidades, se ponen al servicio de la parroquia, insertados en los diversos ámbitos que se les confían. Muchos son catequistas, ministros de la Eucaristía, miembros del consejo de asuntos económicos y del consejo pastoral, forman parte de las distintas comisiones o trabajan en las diversas iniciativas y actividades parroquiales. Desempeñan su servicio irradiando el espíritu de fraternidad.

Queriendo comunicar una espiritualidad, no llevan una organización nueva sino un alma nueva, un espíritu. Encuentran en la parroquia las estructuras, los organismos y las actividades en las que actuar y las líneas pastorales a seguir, caminando de acuerdo con los párrocos. Quieren ser «*fermento de comunión*», como les auguró Juan Pablo II<sup>5</sup>.

Desean contribuir con el testimonio de la vida y con la palabra a que en la comunidad reine cada vez más un clima fraterno, una atmósfera de familia, valorando lo positivo que hay en cada uno. De este modo, la comunidad se convierte poco a poco en esa Iglesia-comunión que todos desean.

### La presencia de Jesús resucitado en medio de su pueblo

Una Iglesia-comunión que goza de la presencia viva de Jesús. De hecho, cuando el amor recíproco reina en la comunidad, se realiza su promesa: «*Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos*» (Mt 18, 20). Entonces la comunidad manifiesta realmente su verdadero ser: Cuerpo místico de Cristo. Y esto es importante porque «*la presencia de Jesús constituye el rostro profundo de la Iglesia, como de toda comunidad cristiana*»<sup>6</sup>.

Pablo VI, hablando a una parroquia de Roma, decía: «*Porque nos encontramos juntos congregados en el nombre de Cristo, unidos en Él, ya poseemos su presencia. Cristo está aquí: la parroquia realiza su presencia en medio de los fieles y de ese modo el mismo pueblo cristiano se hace sacramento, signo sagrado de la presencia del Señor*»<sup>7</sup>.

Es también la invitación que Benedicto XVI ha dirigido recientemente a los miembros del Movimiento parroquial: «*Sed signo de Cristo resucitado en vuestras comunidades y en los ambientes de vida*»<sup>8</sup>.

La labor del Movimiento parroquial es poner las premisas que permitan que la presencia de Jesús se manifieste en la comunidad. Observa Chiara Lubich: «*La comunidad es Jesús presente, pero, ¡atención!, sólo lo es y lo demuestra si los cristianos se aman, en el amor vivido*»<sup>9</sup>. Es una tarea esencial para que la parroquia sea una comunidad pascual, «*Iglesia-viva donde todos hallan a Dios, a Jesús*»<sup>10</sup>.

Cuenta un párroco: «*He comprendido que Jesús en medio debe ser el objetivo de mi trabajo pastoral. Hoy puedo decir que Él entre nosotros está dando frutos sorprendentes en la parroquia. Después de ponerme en esta actitud con algunos animadores, surgió un grupo de 42 jóvenes, cuando antes no lo conseguía; necesitábamos catequistas, y dos señoras se ofrecieron para serlo; no había coro, y ahora ha nacido... las comuniones se han duplicado... Siento una gran alegría*».

Un animador parroquial comunica su descubrimiento: «*Para mí, la presencia de Jesús en medio de la comunidad es la 'novedad' destinada a renovar la Iglesia empezando por la parroquia. Me he dado cuenta de que muchos otros medios e iniciativas absorben mucho tiempo y energías pero pasan sin dar frutos duraderos. Vale la pena, pues, apuntar bien y, antes que a cualquier otra cosa, a Él*».

### Una comunidad que vive la Palabra

Sabemos que «*la comunidad se forma ante todo en torno a la Palabra*»<sup>11</sup> y que «*el anuncio de la Palabra crea comunión y produce alegría*» (VD 123). Una de las características del Movimiento de los Focolares es el redescubrimiento del Evangelio como código de vida. Desde los comienzos, se encontró un modo sencillo de ponerlo en práctica: la Palabra de vida. Se trata de una frase de la Escritura, tomada a menudo de la Liturgia, con un breve comentario de Chiara Lubich, que ayuda a encarnarla en la vida diaria. Se lee estando juntos, en un clima de amor fraterno para que Jesús, Palabra viva, esté presente, y luego se ponen en común las experiencias que se han vivido.

La comunicación de lo que se ha vivido se difunde y provoca poco a poco una evangelización de toda la comunidad. Son numerosas las parroquias donde se hacen encuentros de la Palabra de vida abiertos a todos, que luego se repiten en las casas y en

los barrios. Esas experiencias comunicadas manifiestan lo fructíferas que son para la renovación de la vida cristiana en las personas y en la comunidad.

Uno de los participantes comenta: «*El encuentro de la Palabra de vida de ayer fue extraordinario. Hablamos de nuestra vida a la luz de la Palabra y constatamos cuán difícil es la renuncia a las cosas materiales y al desapego de los seres queridos. En este clima de confianza encontramos la respuesta a muchas de nuestras preguntas*».

Desde otra parroquia escriben: «*Mes tras mes, la Palabra de vida está penetrando cada vez más en numerosas personas de la ciudad y de los pueblos de alrededor. Se han formado 30 puntos de encuentro con cerca de 600 personas, distribuidos en los diversos barrios de la ciudad y fuera. Al comienzo de mes, los responsables de estos grupos se ven con el párroco para profundizar juntos la nueva Palabra y preparar los encuentros. Además de esto, 400 copias de la hoja parroquial, que incluye el comentario de la Palabra de vida, se reparten cada mes por las iglesias. El comentario no deja a nadie indiferente y la comunicación de las experiencias nos implica a todos. Se crean relaciones fraternas y nacen pequeñas comunidades vivas donde se experimenta la fuerza de Jesús presente entre los suyos*».

### Organismos y actividades iluminados por el amor

«*Los focolarinos no quieren aportar más innovación que la del amor, pues saben que es capaz de cambiar la faz de la tierra*», escribía Chiara<sup>12</sup>. El amor es la fuerza revolucionaria que calienta y vivifica. Es la experiencia que el Movimiento parroquial hace cuando lo difunde en los diversos ámbitos de la vida parroquial, los cuales adquieren nueva vitalidad si están animados por el amor y por la unión fraterna.

Un primer efecto es la comunicación de bienes, por la cual los ricos dan, sintiéndose

sólo administradores de cuanto poseen, y los pobres reciben, conscientes de ser ellos también hijos de un Dios que provee a los pájaros del cielo y viste los lirios del campo. Precisaba san Pablo: «*No se trata de que paséis apuros para que otros tengan abundancia, sino de procurar la igualdad*» (2Cor 8, 13).

El Movimiento parroquial, teniendo como meta la unidad, ayuda a la comunidad parroquial a vivir una comunión efectiva de los bienes materiales, dando primero ejemplo. Difunde la “cultura del dar”, que se opone a la “cultura del tener”, invita a la sobriedad y a la gratuidad: «*Me impresionó muchísimo esta frase: ‘Lo que no es necesario para ti es de los demás’. Yo tenía muchos objetos no necesarios... Me desprendí de algunos dándolos... (Me ayudó la Palabra del Evangelio: ‘Quien tiene dos túnicas que dé una a quien no tiene’). Para promover la cultura del dar entre parientes y amigos, organicé un mercadillo de objetos donados para ayudar a los pobres de un país de misión. En la parroquia, trato de promover iniciativas de solidaridad: mi marido, que nunca tenía tiempo para estas cosas, desde hace unos años prepara la comida de Navidad para los ancianos y los pobres. También mi padre colabora en estas iniciativas*».

En este clima, el consejo para los asuntos económicos no se limita a una administración detallada de los recursos de la parroquia, sino que también mira a las necesidades más urgentes de las personas y sostiene las iniciativas orientadas a hacer circular los bienes como en la primera comunidad cristiana, donde «*nadie estaba necesitado*» (cf. Hch 4, 34).

En la actividad pastoral se parte con “*el arte de amar*” tomado del Evangelio: amar a todos, amar los primeros, amar al enemigo, hacerse uno con el hermano, amar a Jesús en el prójimo, amarse mutuamente<sup>13</sup>. Escribía un sacerdote: «*Empecé tratando de convertir cada encuentro con las personas en un momento de Dios, una ocasión para amar, para es-*

*tablecer relaciones verdaderas, viendo a Jesús en ellas sin distinción entre ricos y pobres, cultos e ignorantes, adultos o niños. Noté enseguida que cuando me ponía en el amor, algo pasaba de mí a los demás, mientras que cuando no amaba, dentro de mí quedaba el vacío y en los otros la frustración»*<sup>14</sup>.

Como camino privilegiado para la evangelización, se aspira al testimonio de la unidad y de la concordia entre los agentes pastorales, como invita el Evangelio: «*Todos conocerán que sois discípulos míos en una cosa: en que os tenéis amor los unos a los otros*» (Jn 13, 35) y «*que sean uno en nosotros, para que el mundo crea*» (Jn 17, 21). Esta actitud se refleja también en el consejo pastoral, que no se considera en primer lugar como un órgano de programación de la vida de la parroquia, sino como palestra de la comunión entre todos sus componentes y las realidades que representan. Un párroco confirma: «*Nuestro consejo pastoral es un verdadero laboratorio de comunión entre todas las presencias de grupos y movimientos existentes en la parroquia, y el estilo del diálogo se convierte también en método*».

En algunas parroquias se dedica un primer momento del consejo pastoral (un cuarto de hora) a crear un clima de amor fraterno y de diálogo, sirviéndose de documentos de la Iglesia o de escritos espirituales que invitan a la unidad. Sobre esta base, se ha visto que resulta más fácil y rápido programar actividades que inciden y producen vida, porque son fruto de la luz que brota de la unidad.

La asamblea dominical es un momento de encuentro de toda la parroquia que se reúne para ser ante todo «*Cristo existente como comunidad*»<sup>15</sup>, para alimentarse de la Palabra y de Él Eucaristía, que la hace un solo Cuerpo. Es frecuente escuchar en personas, que participan casualmente en una de estas misas dominicales, frases como estas: «*Aquí he encontrado una familia*», «*me he*

*sentido en casa*», «*he experimentado la presencia de Dios*», «*he sentido el impulso para confesarme después de varios años*».

Los enfermos, “verdaderos ostensorios vivos”, porque en ellos se muestra el rostro de Jesús crucificado y abandonado, son centro de atención y cuidado por parte de la comunidad, como en una familia. La catequesis se transforma en escuela de vida basada en la Palabra de Dios vivida. A menudo se propone a los niños una Palabra para vivir en sintonía con el tema tratado y luego en la clase siguiente cuentan cómo la han vivido. Muchas veces los niños, en su sencillez, la transmiten a sus padres, que quedan conquistados.

### Diálogos y universalidad

La espiritualidad de la unidad tiene como meta la realización del testamento de Jesús. De aquí brota la necesidad del diálogo con todos y la apertura a toda la humanidad. El Movimiento parroquial transmite a las comunidades la experiencia de diálogo a todos los niveles propia del Movimiento de los Focolares: un diálogo de 360 grados, orientado al conocimiento, escucha y comprensión de los valores de cada uno, superando prejuicios y apreciaciones apresuradas.

Un diálogo que tiende a suscitar relaciones de amistad y de fraternidad universal, tomando como modelo e imagen el amor desinteresado y radical que Jesús enseñó y vivió. Luego, si el otro lo desea, se le ofrece la experiencia personal, pero como un don, según la expresión utilizada por Juan Pablo II: un «*respetuoso anuncio*» (cf. *NMI* 56).

Este diálogo afecta profundamente a las parroquias y las diócesis, que experimentan con frecuencia la movilidad de las personas, la multiplicidad de grupos diversos y la variedad de culturas y religiones presentes en el propio territorio.

Los miembros del Movimiento parroquial se comprometen a hacer crecer la comunión entre los diversos grupos, asociaciones y movimientos, y quieren «*amar el movimiento del otro como el propio*». Sostienen iniciativas de diálogo de la parroquia con cristianos de las otras Iglesias, con fieles de otras religiones y también con personas de convicciones no religiosas. Así la comunidad se abre a una dimensión universal.

Los miembros de una comunidad parroquial, después de haber descrito los distintos itinerarios de integración recorridos, dicen: «*En estos años, hemos podido hacer la experiencia de que convivir entre personas de religión, cultura y educación diversas es posible: se han superado prejuicios y desconfianzas mediante el conocimiento recíproco y la escucha. Nos hemos dado cuenta de que alimentando este diálogo respetuoso, hecho de gestos recíprocos de acogida y de trabajo común en proyectos concretos, ayudamos a nuestra sociedad a progresar por el camino de la paz*».

Son interesantes y significativas las orientaciones pastorales que ha adoptado una comunidad inspirada en el carisma del Movimiento. Las describe el párroco: «*Para indicar el camino de nuestra parroquia, hemos inventado un eslogan. Se compone de dos frases. La primera: 'Una parroquia que no pide, sino que da'. ¿Qué es lo que no pide? No pide privilegios ni atención, no pretende ser escuchada en sus propuestas, no se enoja si es rechazada. Por el contrario, quiere dar atención, una atención verdadera, mirar a cada persona a la luz de Dios. Quiere escuchar (participar en los avatares de las personas, sobre todo los dolorosos) y cualquier otra ayuda posible. He aquí la segunda meta: 'Una parroquia que no llama, sino que va'. No llama... no presiona a las personas, no insiste para que participen, no pretende que se acepten sus invitaciones, sino que se hace prójimo de toda persona (es ella la primera va hacia los demás), quiere ser la primera en amar, se mueve para ir al encuentro de las perso-*

*nas allí donde viven, quiere poner de relieve los valores, aunque sean sólo los humanos presentes en las personas*».

Hemos trazado a grandes rasgos la experiencia del Movimiento parroquial; una experiencia que actualmente se realiza en algunos miles de parroquias esparcidas en los distintos continentes. Tomando contacto con sus comunidades se experimenta la atmósfera típica del amor fraterno, que revela la presencia de Dios y resalta el rostro materno, mariano de la Iglesia, porque, como María, la comunidad unida engandra a Jesús en medio de su pueblo.

<sup>1</sup> Sobre la aportación del Movimiento parroquial a la renovación de la parroquia, veáse también C. Lubich, *L'esperienza del Movimento dei Focolari*, en Pontificium Consilium pro Laicis, *La Parrocchia ritrovata. Percorsi di rinnovamento*, Editrice Vaticana, Roma 2007, pp. 201-213.

<sup>2</sup> J. Ratzinger, *I movimenti ecclesiali e la loro collocazione teologica*, en Pontificium Consilium pro Laicis, *I movimenti nella Chiesa*, Città del Vaticano 1999, p. 25.

<sup>3</sup> Juan Pablo II, *Mensaje al congreso mundial de los movimientos eclesiales*, 27 mayo 1998.

<sup>4</sup> Benedicto XVI, *Discurso al clero de la diócesis de Roma*, 13 mayo 2005.

<sup>5</sup> Juan Pablo II, *Saludo a los animadores del Movimiento parroquial*, Angelus, Roma, 15 mayo 1996.

<sup>6</sup> C. Lubich, *L'esperienza del Movimento dei Focolari*, cit., pp. 201-213.

<sup>7</sup> Pablo VI, *Discurso a la parroquia de Ognissanti*, Roma, 7 marzo 1965.

<sup>8</sup> Benito XVI, *Saludo en el Angelus*, 5 junio 2005.

<sup>9</sup> C. Lubich, *Gesù in mezzo a noi*, en *Gen's 2* (2005) 37.

<sup>10</sup> Id., *Entrevista a M. Cohen*, 1991.

<sup>11</sup> Juan Pablo II, *Discurso a la parroquia de San Giuseppe Cafasso*, Roma, 1 febbraio 1981.

<sup>12</sup> C. Lubich, *Un camino nuevo. La espiritualidad de la unidad*, Ciudad Nueva, Madrid 2003, p. 151.

<sup>13</sup> Cf. Id., *El arte de amar*, Ciudad Nueva, Madrid 2006.

<sup>14</sup> F. Cardinali, *Cosimino Fronzuto. Una vita per l'unità*, Città Nuova, Roma 1992, pp. 56-57.

<sup>15</sup> D. Bonhoeffer, cit. por P. Coda, *Per una teologia della comunità*, in *Gen's 3* (1995) 861.

# JMJ, una experiencia universal de comunión

*Ángel Camino, o.s.a.*

*Es difícil condensar la experiencia de casi tres años en la JMJ Madrid 2011, precedidos de otros tres con motivo de la Misión Joven en la Archidiócesis de Madrid. Con humildad y sencillez voy a tratar de ofrecer un testimonio. No se trata de presentar una memoria, ni de hacer un análisis exhaustivo sociológico pastoral. Todo ello se está haciendo, se debe hacer y yo mismo sigo implicado en el necesario trabajo posterior a la JMJ.*

**L**A experiencia vivida en años anteriores con la Misión Joven había creado una estructura que podría facilitar la preparación de la sorpresa que nos deparó Benedicto XVI al anunciar que Madrid sería la sede de la XXVI Jornada Mundial de la Juventud en agosto de 2011. Lógicamente el Obispo diocesano lo sabía con antelación por motivos obvios y nos invitó a participar de la Jornada Mundial de la Juventud celebrada en Sidney en julio de 2008. No fuimos como meros espectadores, sino con una dosis de aprender que superó cualquier expectativa. Quedamos literalmente sorprendidos. Imposible detenerme a comentar lo allí vivido, que continúa imborrable en lo más íntimo de mi alma tanto por el denso mensaje del Santo Padre en torno a la fuerza del Espíritu Santo como por la capacidad de acogida de un pueblo minoritariamente católico como es Australia.

¿Por qué reseñar la JMJ de Sidney? Porque al día siguiente de llegar a Madrid ya estábamos preparando la JMJ Madrid 2011. ¿Exageración? En absoluto. Han sido tres años vividos con una tal intensidad que se necesitará tiempo para valorar lo que ha significado toda esta preparación.

Aquí hago un salto en el tiempo y me planto en el final reciente: agosto de 2011. Expreso lo vivido y trato de buscar las raíces de la experiencia testimonial. La JMJ Madrid 2011 ha sido una explosión de vida en el sentido más amplio de la palabra porque ha tocado a todas sus manifestaciones. Explosión, pues, de vida cristiana, cívica, humana, social.

Han sorprendido los jóvenes en su estancia en Madrid y en su paso por la casi totalidad de las diócesis de España. Los jóvenes han venido magníficamente preparados. Sabían a lo que venían. No han venido a ha-

cer turismo, ni siquiera turismo religioso como gusta decir hoy. Han hecho una experiencia de fe intensa. Se ha constatado en las diócesis españolas por donde han pasado y de un modo elocuente en la semana de la JMJ en Madrid.

Llegado a este punto merece la pena preguntarse: ¿los efectos de esta JMJ han tenido sus raíces o han surgido de modo espontáneo? Ciertamente que en la Iglesia hay todo un patrimonio que no es cuantificable y que es propiedad del Espíritu Santo. La abundancia de oraciones y de sufrimiento ofrecido es un fiel reflejo. Oraciones en los contextos de vida contemplativa y en todos los ámbitos de la Iglesia sin excepción. Ofrecimiento de sanos y enfermos, ancianos, personas que querían una mayor participación y, no pudiendo, ofrecían su colaboración económica. Toda esta preparación desde la oración y el sufrimiento ha sido un verdadero testimonio.

En cambio ahora me quiero detener en esa otra preparación externa que ha sido una sabrosa mezcla de voluntariado y profesionalidad. Es un capítulo al que he dedicado una gran parte de mi trabajo pastoral a lo largo de estos últimos tres años. Es una satisfacción muy honda poder testificar en primera persona y a los cuatro vientos que han sido varios centenares de personas que, a lo largo de estos años, pero especialmente en el último, lo han dado todo por la JMJ, empleando horas y horas, semana tras semana, en la preparación y coordinación de todo el trabajo a realizar. Características comunes: compromiso, profesionalidad, inmensa alegría, acogida, dedicación plena y total, información..., y todo ello por amor a la Iglesia. Me han impactado los miles de voluntarios laicos que desde el primer momento se ofrecieron a preparar la JMJ porque “querían hacer algo por la Iglesia”.

No fue nada fácil el inicio. En cambio sí que fue todo un reto y una oportunidad

magnífica para entrar en relación con la comunidad cristiana en general y descubrir la disponibilidad y generosidad de sus miembros. Fueron meses de sensibilización empleando todos los medios a nuestro alcance. Nos dimos plazos de meses que se iban ampliando hasta encontrar definidos a cada uno de los grupos y áreas de trabajo. Este ejercicio de paciencia y a la vez de propuesta eclesial irrenunciable como era la JMJ se convirtió en una experiencia de comunión sin precedentes que dura hasta el día de hoy y que lógicamente se extenderá en el tiempo. Aquí empezaba la puesta en escena de la JMJ.

Y había que pasar de las palabras a los hechos. El área de voluntarios ha sido todo un capítulo de auténtica competición de servicio, amor mutuo y caridad cristiana. Había que ir captando día a día y uno a uno nuevos voluntarios. A lo largo de este último año hubo seis sesiones de formación en los fines de semana: todo un equilibrio de aprendizaje profesional (primeros auxilios, evacuaciones, orden, gestión, mantenimiento...) y conocimiento mutuo entre los voluntarios. El resultado no ha podido ser mejor. Uno de los mejores tesoros de la JMJ han sido nuestros voluntarios. La disponibilidad ha sido absoluta; la entrega constante; la alegría a flor de piel; el horario rebasando lo razonable; la eficacia reconocida por la mayoría. Los propios voluntarios se han visto sorprendidos por la capacidad de servicio que han demostrado y que se han contagiado mutuamente. Los elogios son interminables. Los peregrinos no encontraban palabras para agradecer el servicio constante durante toda la JMJ y su preparación.

La cara visible de la JMJ era el área de acogida. Resultó clave. El objetivo era bien preciso: que los peregrinos, llegando a Madrid, se sintieran como en su propia casa. Se han alojado en colegios confesionales, privados y públicos, en polideportivos y en familias. Hicimos toda una campaña de sensi-

bilización. Al comienzo las reticencias eran muchas. En cambio el resultado final no pudo ser mejor. En la Vicaría III de Madrid, en la que trabajo pastoralmente, 500 familias abrieron sus puertas a más de 1.200 peregrinos.

Los encuentros por las mañanas en las parroquias o colegios se convirtieron en oasis de oración y adoración, plataformas de formación, espacios para unas catequesis vivas impartidas por los obispos y acompañadas por testimonios de los propios jóvenes que por sí mismos hablaban de que el Evangelio es posible vivirlo. Algunos han sido conmovedores, con aplausos interminables. Se conjugó perfectamente durante la catequesis la alegría desbordante, llena de cantos, gestos y coreografías, con el más absoluto silencio, intenso y prolongado, bien sea para escuchar como para entrar en oración y adoración al Santísimo. Ésta ha sido una de las notas que más se ha destacado en esta JMJ Madrid 2011: el comportamiento de los jóvenes en las celebraciones, el silencio y recogimiento reinante, la fe que transmitían. Muchos han dicho: “era necesario ver a estos jóvenes; hacía tiempo que no se veían estas celebraciones con tanta devoción, transmitiendo paz y sentido de Dios”.

El exponente máximo lo vivimos en la Vigilia de Cuatro Vientos: alegría incontenible, convivencia intensa y oración. Y nada más iniciar la Vigilia descarga una tormenta de verano que podría presagiar el fracaso humano de toda la celebración. Con una lluvia intensa, penetrante, de las que molestan y calan, pero allí no se mueve nadie. Más cantos aún. Más ánimos al Papa. El Papa comienza a hablar. El silencio se hace palabra del Santo Padre. Se le escucha con la máxima devoción. Concluida su palabra nos adentramos en la Adoración Eucarística. En el fondo, delante del altar, aparece y se eleva la imponente custodia traída desde la Catedral de Toledo para exponer el Santísimo Sacramento.

Es difícil poder expresar en soporte escrito el contenido de la palabra “silencio” vivido durante este momento sagrado de adoración. No es que no se oyese hablar. Era algo más: era palpar el diálogo multitudinario y al unísono con Dios mismo presente en la Eucaristía. Si por oración entendemos sumergirse en Dios, Cuatro Vientos se convirtió en la Tienda al aire libre de los Jóvenes del Mundo con un Dios que acogía a todos sus hijos en un abrazo planetario.

Junto a las catequesis y actos centrales, los jóvenes tuvieron oportunidad de participar en los actos culturales. Si por la mañana, en las catequesis, el objetivo era transmitir una formación que fortaleciera la fe de los jóvenes, por la tarde se trataba de “hacer visible” esa fe: testimoniar de mil modos que la fe no es algo abstracto; al contrario, se puede vivir y de hecho transforma la vida de muchos jóvenes. Así surgieron los actos culturales que fueron muchos y variados: exposiciones, museos, conciertos, musicales, danzas, teatro, cine, rutas por Madrid, mesas redondas, conferencias, espectáculos, encuentros de oración... Para muestra un botón. El 17 de agosto tuve la oportunidad de asistir en el auditorio al aire libre del Parque Pinar del Rey al musical “*Life, Love, Light*”, una velada inolvidable narrando la vida de una joven italiana, Chiara Badano, fallecida a los 18 años, víctima de un cáncer óseo. Supo hacer de su vida una total entrega a Dios y recientemente ha sido beatificada por Benedicto XVI. La narración de su intensa vida a través de un excelente espectáculo musical, coreografías y testimonios transmitió a los miles de presentes. Fue poner en alto la santidad de una joven actual y atrayente a los ojos de los jóvenes. Al día siguiente el grupo Gen Rosso convocó al concierto “Dimensión Indeleble”. Llenazo hasta la bandera. Con mucho ritmo y diferentes estilos transmitieron toda una nueva esperanza a los jóvenes, ganas de vivir y una fe indeleble.

Hay que hacer especial mención en toda la preparación pastoral a la recepción de la Cruz de la JMJ. Recorrió palmo a palmo todo el territorio nacional llegando a todas las diócesis, vicarías, arciprestazgos, parroquias, colegios, hospitales, cárceles, residencias de ancianos, parques, auditorios... Peregrinó procesionalmente por decenas de barrios y calles. El recogimiento, los prolongados momentos de adoración, las celebraciones de la Eucaristía y de la Palabra, las iniciativas juveniles llenas de creatividad para atraer al ma-

yor número de jóvenes con representaciones del evangelio, musicales, en torno a la figura de la Cruz... fueron las notas comunes de toda una preparación pastoral y espiritual que cundía en la comunidad cristiana.

Hay una juventud distinta. Sus propias vidas han hablado. Todas las televisiones han acercado al mundo entero un comportamiento ejemplar de más de un millón y medio de jóvenes. Comportamiento que es sinónimo de adhesión a la fe de Jesús, compromiso, alegría, donación y servicio.

*« ¿Acaso no debe cambiar la Iglesia? ¿No debe, tal vez, adaptarse al tiempo presente en sus oficios y estructuras, para llegar a las personas de hoy que se encuentran en búsqueda o en duda? »*

*A la beata Madre Teresa le preguntaron una vez cuál sería, según ella, lo primero que se debería cambiar en la Iglesia. Su respuesta fue: Usted y yo.*

*Este pequeño episodio pone de relieve dos cosas: por un lado, la Religiosa quiere decir a su interlocutor que la Iglesia no son sólo los demás, la jerarquía, el Papa y los obispos; la Iglesia somos todos nosotros, los bautizados. Por otro lado, parte del presupuesto de que efectivamente hay motivos para un cambio, de que existe esa necesidad. Cada cristiano y la comunidad de los creyentes en su conjunto están llamados a una conversión continua.*

*¿Cómo se debe configurar concretamente este cambio? ¿Se trata tal vez de una renovación como la que emprende, por ejemplo, un propietario mediante la reestructuración o pintura de su edificio? ¿O acaso se trata de una corrección, para retomar el rumbo y recorrer de modo más directo y expeditivo un camino? Ciertamente, estos y otros aspectos tienen importancia, y aquí no podemos afrontarlos todos. Pero por lo que se refiere al motivo fundamental del cambio, éste consiste en la misión apostólica de los discípulos y de la Iglesia misma. [...] Sin embargo, a causa de las pretensiones y de los condicionamientos del mundo, este testimonio viene repetidamente ofuscado, alienadas las relaciones y relativizado el mensaje. Si después la Iglesia, como dice el Papa Pablo VI, “trata de adaptarse a aquel modelo que Cristo le propone, es necesario que ella se diferencie profundamente del ambiente humano en el cual vive y al cual se aproxima” (Ecclesian suan, 24).*

*(Benedicto XVI, Discurso en Friburgo (Alemania), 25 septiembre 2011)*

## ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

30. El amor de Dios Padre.
31. Vivir a Jesús que ora.
32. Propuestas de Pastoral Juvenil.
33. El Este europeo, más allá de las fronteras.
34. Fraternidad.
35. Martirio.
36. El amor sana.
37. Asís: diálogo entre carismas.
38. Esperanzas de inicio de milenio.
39. Habitar en armonía.
40. Evangelizar.
41. Caminar desde Cristo.
42. Fidelidad.
43. La Sabiduría.
44. Vida religiosa. ¿Respuesta a los signos de los tiempos?
45. De Subiaco a Montserrat. Monaquismo Benedictino en Camino.
46. El amor une.
47. El Rosario, camino de espiritualidad - I.
48. El Rosario, camino de espiritualidad - II.
49. La experiencia.
50. «Sed santos».
51. Un camino para la unión con Dios.
52. Laicos y religiosos juntos.
53. La vida religiosa y el corazón inquieto de Europa.
54. Caminar con Jesús en medio de los suyos.
55. La Eucaristía: llegar a ser Jesús.
56. Carismas para Europa y para el mundo.
57. Religiosos jóvenes en la vida consagrada.
58. Jesús abandonado y la vida.
59. La vida consagrada a la luz del carisma de la unidad.
60. La vida consagrada en el diálogo interreligioso.
61. Vivir la palabra.
62. La educación a la espiritualidad de comunión.
63. Sentir a Dios.
64. Mi noche no tiene oscuridad.
65. Carismas para la ciudad.
66. Misioneros: Evangelio y Cultura.
67. ¿Quién construye la ciudad?
68. Para ser la palabra viva'
69. Caminando con san Pablo.
70. Chiara Lubich y los carismas.
71. Siguiendo los pasos de María.
72. El Dios de Jesús, no otro.
73. Un sacerdocio para todos.
74. Transmitir el carisma.
75. Carismas: dones del Espíritu en una Iglesia-comunión.
76. En la tierra como en el cielo.
77. «Interioridad dilatada».
78. Vino renovado en odres renovados.

---

*Los números atrasados se pueden adquirir al precio de 2 € ejemplar.*

# LA BIBLIA COMENTADA POR LOS PADRES DE LA IGLESIA



## Obras publicadas:

Apocalipsis  
Josué, Jueces, Rut, 1-2 Samuel  
Proverbios, Eclesiastés, Cantar de los Cantares  
Isaías 1-39  
Los doce profetas  
Santiago, 1-2 Pedro, 1-3 Juan, Judas  
Evangelio según san Marcos  
Génesis 1-11  
Éxodo, Levítico, Números, Deuteronomio  
Evangelio según san Mateo 1-13  
Romanos  
1-2 Corintios  
Colosenses, 1-2 Tesalonicenses, 1-2 Timoteo, Tito, Filemón  
Génesis 12-50  
Evangelio según san Mateo 14-28  
Evangelio según san Lucas  
Galatas, Efesios, Filipenses  
Job

Precio de cada volumen 35€

*Editor general*

**THOMAS C. OREN**

*Director de la edición en castellano*  
**MARCOS MARTÍN ROMÁN**

La Biblia Comentada por los Padres de la Iglesia es una colección que abarca todo el canon de las Escrituras y ofrece a los lectores la oportunidad de acceder a los principales escritos de los Padres de la Iglesia. Siguiendo los libros de la Biblia, cada comentario presta su voz a esas grandes figuras que, durante los siglos de formación de la Iglesia, estudiaron y amaron la Palabra de Dios.

*Último volumen publicado*

**Job**

*próximo volumen en preparación*

**Hechos de los apóstoles**

  
**Ciudad Nueva**

Adquíralos en su librería,  
en nuestra página web [www.ciudadnueva.com](http://www.ciudadnueva.com)  
o llamando al teléfono 91 725 95 30